

CRISTIANIDAD



86

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV

15 OCTUBRE

1947

El próximo domingo, día 19, se celebra por mandato del Romano Pontífice, el Día Mundial de la Propagación de la

Fe; día de oración y propaganda misional por excelencia, íntimamente ligado con la festividad de Cristo Rey que se conmemora el domingo siguiente, y que constituye la proclamación del poder y dominio de Nuestro Señor Jesucristo sobre toda la Humanidad. A través del ideal de la suprema realeza de Cristo, el DOMUND cobra su intrínseca y trascendental importancia, ya que si bien es verdad que Jesucristo reina por derecho propio incluso sobre los herejes y paganos, no es menos cierto que es de suyo necesario e imprescindible que esta soberanía sea ejercida de hecho mediante su aceptación voluntaria por parte de aquellos que hoy andan por los caminos de perdición. Por eso la súplica ardiente de la Iglesia se dirige al logro de tan consoladora realidad, y así en el acto de Consagración al Sagrado Corazón de Jesús, pedimos el cumplimiento efectivo de esa sublime realeza. «Sé Rey de todos los que están todavía sumidos en las tinieblas de la idolatría o del islamismo y no rehuses llamarlos a todos a la luz de tu Reino».

A la consecución de tan espléndida finalidad se encamina la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe, que a través del Domingo Mundial —el DOMUND— llama a todos los cristianos a cooperar activamente a la conversión de los infieles con el fin de acelerar la llegada de aquel fausto día en que «toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre».

Editorial: La gran Obra Pontificia de la Propagación de la Fe, por Monseñor Angel Sagarminaga, Director Nacional.

Sección «**Plura ut unum**»: **Sentido de la Historia misionera de España**, por el P. Lázaro de Aspuz (págs. 443 a 445); **Irradiación misionera de la Doctrina del Cuerpo Místico a través de unas páginas de nuestro siglo XVI**, por el P. Martirián Brunsó, Pbro. (págs. 445 a 447); **La hora actual religiosa del Japón**, por Joaquín María Goiburú (págs. 448 a 450); **Los «Cristianos Crepusculares» del Japón**, por Patrick O'Connor, S. S. C. (página 451); **Imprenta europea en el Japón**, (págs. 452 y 453); **Misiones de Indochina**, por Fr. Ricardo M.º Rojo, O. P. (págs. 454 a 456); **Cervantes ante el «Domund»**, por M. B. (págs. 456 y 457).

Sección «**A la luz del Vaticano**»: **La fiesta de la Catolicidad**, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 458 y 459).

Sección «**De actualidad**»: **Coronación canónica de Nuestra Señora de la Salud, en Sabadell** (páginas 460 a 462); **La conspiración comunista (IV)**, por Luis F. Budenz (págs. 463 y 464).

Sección de «**Colaboración**»: **La desnaturalización de España por la deformación histórica (I.-La Historia)**, por Melchor Ferrer (págs. 462 y 463).

Ilustran el presente número dibujos a la pluma de Joaquín Mascaró, Ignacio M.º Serra Goday y otros.



ACEITES DE OLIVA
INDUSTRIALES Y COMESTIBLES

Francisco Gambús

(CASA FUNDADA EN 1834)

Vía Masagué, 77-77 bis - Teléf. 1794 **SABADELL**

Herederos
de Enrique Rocamora

HILADOS DE LANA
P E I N A D A

Teléf. 1326 - **SABADELL**

GREMIO
PANADEROS

S A B A D E L L

CABA, S. A.
TALLERES MECANICOS

Virgen de la Salud, 62
Teléfono 2854

S A B A D E L L

HILATURAS DE LANA

Juan Prats Salvany

Avenida José-Antonio, 3
Teléfonos: Despacho, 1233
Fábrica, 1728 - Particular, 2092
S A B A D E L L

GRAU, S. A.

APRESTOS, DESMOTE,
TINTES y ACABADOS

Río Ripoll - Teléfono 1307
S a b a d e l l

Paños S. G. H.

S a b a d e l l

TEJIDOS DURÁN, S. A.

Fábrica de novedades de lana y estambre
Fundada en el año 1833

Rambla Caudillo, 122 **SABADELL**

SALVÓ Y Cía.

Aprestos, desmote, tintes y acabados

Fábrica y Despacho:
Molino Galí - Teléf. 2426

S a b a d e l l

BRUJAS, S. A.

S a b a d e l l

S. A. T. E. R.

Sociedad Anónima Tejidos Enrique Rocamora
NOVEDADES PARA SEÑORA

Las Valls, 24 - Teléf. 1448 - Direc. telegráfica «SATER» - **SABADELL**

Francisco Fort

S a b a d e l l

Congreso Internacional de Congregaciones Marianas

Con objeto de urgir el día providencial de la declaración dogmática de la Asunción corporal a los Cielos de la Santísima Virgen María.

Estudiar los problemas actuales de las Congregaciones Marianas.

Difundir la obra de formación y apostolado de las mismas.

Barcelona, 29 noviembre - 10 diciembre 1947

Oficinas: Lauria, 15, pral.

TEJIDOS DE LANA PARA SEÑORA
ALTAS FASTASÍAS Y CLÁSICOS

MOLINS HERMANOS
SUCESOR

TELÉFONOS
DESPACHO: 13013 Rambla de Cataluña, 27
Fábrica-Sabadell: 1288 **BARCELONA**
Dirección telegráfica (MOLIHERNOS)

Manuel Gorina

FABRICAS DE LANERIA

Fábrica de Barcelona: Industria, 280 - Teléfono 54318
Fábrica de Sabadell: Teléfono 1805

Despacho: Ausias March, 48 y Bailén 15/
Teléfono 51565
BARCELONA

LLONCH, S. A.

Hilados y Tejidos de lana y estambre

Virgen de Montserrat, 49 **SABADELL**

Manufacturas Guillermo Mora

Fábrica de Tejidos de Estambre

Escuelas Pías, 125 **SABADELL**

Juan Morral

SABADELL

José Ribelles Aguilar

Desmote químico de piezas

Santanach, 11 Teléfono 2155 **SABADELL**

F Y T I S A

Fieltros y Tejidos Industriales, S. A.



San Pablo, 26
Teléfono 1877

SABADELL

Reservado

V. de E.

Reservado

J. M. VILA

.TORELLO

Reservado

C. T.

CRISTIANDAD

NÚMERO 86 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Disputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448
BARCELONA

15 de Octubre de 1947

Gruz, 1, 1.º - Teléf. 222567
MADRID

La gran Obra Pontificia de la Propagación de la Fe

La ingenua vanidad de Paulina Jaricot topó con el sermón del predicador. Entró en Saint Nazaire con la alegre movilidad de sus 18 años bellísimos, estrenando, y cortejada con balago por las miradas de la multitud devota en el silencio del templo lionés. Salió sola, recogida en sí misma y en humilde coloquio con su propia conciencia.

El sermón de Juan Wandel Wurtz la derribó del caballo de su soberbia juvenil, momentos más tarde los consejos del mismo Abate le abrieron los ojos y le iluminaron el sendero.

La humildad produjo su fruto natural, la entrega total. El incapaz se cobija cabe el fuerte, el cero, para valorizarse, corre a buscar refugio detrás de la cantidad. Se repite con frecuencia, gracias a Dios, la historia de San Pablo, la de San Ignacio de Loyola, la de Sta. Teresa de Jesús...

De su entrega total a Dios, dieron testimonio tantas buhardillas pobrisimas de las calles retiradas del centro de Lión, aquellos enfermos desamparados en tugurios miserables, los golfillos (descendientes de revolucionarios), que acudían, traviesos, a sus instrucciones catequísticas, y las almas buenas que con el nombre de Reparadoras del Sagrado Corazón, se agruparon atraídas por el calor apostólico de Paulina.

Cuanto más abundaba su mirada apostólica en las miserias humanas, más necesidad y desasosiego le consumía por unirse estrechamente a Dios. Y cuanto más se unía a Dios más abundaba en las necesidades de los desheredados. Ansia que llenaba su corazón, inquietud que le satisfacía, satisfacción que le llenaba de desasosiego... el hervor continuo de su corazón seguía derramando caridades sobre campos de desgracias.

En este espíritu removido y esponjado por las ansias infinitas, cayó providencialmente una semilla insignificante envuelta en una carta de su hermano Fileas: «La situación angustiosa de la gentilidad y los esfuerzos de la Iglesia católica por remediarla... El corazón de Paulina no podía consigo mismo. Se encontraba tan mezquino, tan sin nada, que buscó con hambre almas buenas que le ayudaran. Pero sintiendo la amargura de la insuficiencia de todos, se subió al Gólgota con Jesucristo. Desde allí el panorama de las almas era acuciante y el que ofrecían los apóstoles unidos a Jesucristo era profundamente consolador.

Una inspiración genial (casi la llamó Monsabré) mientras sus familiares jugaban a los naipes, le dió, anticipándola a tiempos futuros, la clave de una organización y nació la Obra de la Propagación de la Fe. Total, muchos, organizados, espigando aun las espigas despreciadas por los segadores. Más tarde, fué que Booz, Cristo, por medio de sus inspiraciones y de sus Vicarios, dijo a los segadores: «no la tratéis mal, recibidla con generosidad, permitidla espigar, caigan de vuestras manos espigas en abundancia», y Noemi gozó y se rejuveneció con los cuidados de Ruth.

La Obra, al impulso de su espíritu universalista, exigido por ella misma y conseguido providencialmente, se desparramó por el mundo entero apoyada en la Jerarquía y por Ella millares de veces bendecida: suscitando oportunamente de las cenizas del olvido en los católicos, el signo auténtico de la Iglesia de Cristo: TODOS para TODOS. Con la suma de muchos pocos, con la unión de pequeñeces «Infirma mundi»... Todos, aunque cada uno con poco, pero con símbolo de totalidad.

* * *

Por algo quiso Dios aquella Cruzada eucarística del Papa Pío X.

La Comunión no es sólo para el individuo que la recibe, sino para toda la Iglesia. El que comulga viene a ser un órgano por el que el Cuerpo Místico de Jesucristo recibe la nutrición, la fuerza, el impulso vital de su crecimiento incontenible. ¿Qué extraño que a la cruzada acompañara y siguiera una efervescencia de vitalidad desbordante en la Iglesia, y que las dificultades de las Misiones se desvanecieran, abriéndose las puertas de los pueblos, y que nuevos Institutos Misioneros brotaran en todo el mundo católico, y que las Ordenes Religiosas se sintieran en la necesidad inquieta de la aventura apostólica, y que más tarde fuera todo el movimiento misionero confirmado, impulsado y desarrollado por la Encíclica «Máximum Illud» y organizado por muchos hechos de la Sede Apostólica?

* * *

«Desde esta atalaya...» «Desde la altura en que nos encontramos...» repetía con cierta frecuencia Pío XI en sus discursos, como queriendo darnos a entender que desde lo alto

se domina un panorama de mayor extensión, y que cuando se dispone de potencia visiva proporcionada y de claridad suficiente, se consigue penetrar en profundidades insospechadas.

Alpinista audaz, supo también con su inteligencia elevarse, abarcar, intuir, penetrar el problema misionero. Estudió esa efervescencia misional que preparó la cruzada eucarística y suscitó el Papa Benedicto XV. Se gozó con el espectáculo de maravillosa grandeza que le ofrecían los innumerables confesores, vírgenes, los millones de almas arrancadas a las tinieblas del error..., pero se entristeció ante las muchísimas almas para las cuales es inútil la sangre del Redentor... Que una sola alma se pierda por nuestra falta de generosidad... enorme responsabilidad la nuestra (Homilía de Pentecostés 1922).

He ahí el problema. ¿Su solución? A los Romanos Pontífices incumbe dársela, nos dice Pío XI. Y así han procedido todos hasta ahora. Desde Pedro. Más aún, cuando los descubrimientos o la disposición favorable de los pueblos paganos o la facilidad de comunicaciones han puesto a la Iglesia en circunstancias especiales para desarrollar más intensamente su apostolado, los Papas, como Gregorio XV, crearon organismos de eficacia especial como la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, y proporcionaron con largueza los medios económicos necesarios para el sostenimiento de los Misioneros. La misma obligación pesa sobre nosotros y la vemos de cumplir con la mayor diligencia y entusiasmo, mirando por el cumplimiento de las prescripciones de nuestro predecesor y consiguiendo que los Misioneros dispongan de medios abundantes para el desarrollo eficaz de su apostolado. Así contesta el Papa Pío XI en su «Motu Proprio» Romanorum Pontificum.

Pero sin la ayuda de Príncipes cristianos que tanto auxiliaron a sus predecesores y cayendo en la cuenta que las Arcas materiales del Vicario de Jesucristo no contaban en empresa de tal envergadura, se fijó el Papa en el tesoro único e inagotable para el Padre común de todos los hombres: el corazón y la generosidad de todos los católicos. A ellos había de acudir con la emoción de su paternidad universal, y «desde la atalaya apostólica les lanzará el grito de reclutamiento y como un mendigo, suplicante, les extenderá su mano a todos pidiendo a todos ayuda, socorro, limosna». (Homilía de Pentecostés.)

* * *

El agua desperdiciada y sin cauce, forma barro, cría podredumbre, miasmas, enfermedades, esterilidad, el agua encauzada, cuanto más abundante, riega más campos, mueve más máquinas, produce mayores riquezas y mejor y más estable bienestar. Reflexión importantísima y que flotaba continuamente en las orientaciones del Papa Pío XI.

Vió que «los subsidios que consisten en los bienes externos suelen conseguir las familias religiosas del pueblo cristiano para sus respectivas misiones, porque el pueblo movido por el deseo de la fe y con el amor a la caridad, o también por otros sentimientos nobles, entrega sus limosnas no sólo con agrado, sino también, en algunas naciones, con abundancia». Pero este modo de recoger limosnas «no lo juzga acomodado a las necesidades de cada una de las Misiones, ni así se podrían administrar ordenada y equitativamente con un mayor desarrollo y estabilidad de las mismas.» El Papa busca un medio más eficaz, más amplio, más universal, más cristiano. Necesita una organización grandiosa que pueda acoger en su seno a todos los católicos del mundo para «atender a las necesidades de la totalidad de las Misiones Católicas», «de tal modo que se recojan en un acervo común destinado a la ayuda de todas las misiones, aún las más pequeñas limosnas entregadas en todas las naciones por todos cuantos son hijos de la Iglesia, y todo este dinero se ponga al arbitrio y disposición exclusivamente del Romano Pontífice y de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide y sea distribuido por hombres escogidos por nosotros mismos, a todas las Misiones y según las necesidades de cada una de ellas».

Pensando el Papa cómo había de llevar a efecto este su propósito de organizar a todos los católicos en favor de todas las Misiones, se fijó en que existía ya de hacía un siglo, una Obra que se llamaba Propagación de la Fe y que por su predecesor, el Papa Benedicto XV, fué elevada a la categoría de Pontificia. Cogióla, pues, de su sede de Lión y de París, la trasladó a Roma, la colocó en el seno de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, la adaptó a los tiempos modernos y adornándola de la autoridad pontificia, la hizo órgano oficial de la Sede Apostólica para recoger de todos los fieles las limosnas en favor de todas las Misiones. Dicha organización mundial será presidida por un Consejo que el mismo Papa por medio de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, ha de elegir entre el Clero de aquellas naciones que contribuyan abundantemente a los fines de la Obra. Francia como fundadora de la Obra de la Propagación de la Fe, tendrá una participación especial en ese Consejo General. Con estas determinaciones concretas divididas en cinco puntos, el Papa Pío XI constituyó esta amplia y universal Organización para que todos los católicos, perteneciendo a ella como tales, y ayudándola sobre todas las demás organizaciones misionales del mundo, pudieran cumplir con la obligación que a todos y a cada uno de ellos les impone el dogma de la Catolicidad.

Desde entonces la O. P. de la Propagación de la Fe, con Estatutos especiales ordenados y publicados juntamente con el «Motu Proprio» por el Papa Pío XI, no sólo es una Organización, un gran y potentísimo ejército misionero, sino que es además el exponente emocionado de la unidad y de la Catolicidad de la Iglesia. Unidad anhelante, caminando, esforzándose en ansias infinitas por unificar a todos los católicos en esta magna empresa de unificación de todos los paganos.

Merece la pena que la Iglesia conmemore este importantísimo documento de la Sede Apostólica en el XXV aniversario de su promulgación.

ANGEL SACARMINAGA

Director Nacional de las Obras Misionales Pontificias.



Sentido de la Historia misionera de España

En el cauce de la Historia

Conocemos bajo el nombre de «sentido de la Historia» el resultado del examen de los diversos factores internos y externos que contribuyen a darle unidad y nos explican la razón de ser del desenvolvimiento del género humano en el tiempo y en el espacio.

La Historia Universal, en efecto, tiene un «sentido», esto es, un fin extrínseco fijado por el Criador y un plan interno, subordinado a ese fin, al que conspiran todos los factores que intervienen en las vicisitudes de los pueblos, y finalmente la conquista progresiva de una perfección lograda relativamente en el orden natural y absolutamente en el sobrenatural. La clave de ese «sentido» de la Historia es *Cristo*. La Encarnación es el *hecho* por antonomasia, el *hecho central* de la Historia, el que nos da la explicación de todos los demás hechos.

El Cristo místico, *la Iglesia*, es el factor social que da estructura a la Historia; y en último término, el fin de la Historia se confunde con el fin asignado por Dios a la Iglesia: *completar el número de los elegidos*.

Para que la Iglesia de Cristo cumpla este destino sobre la tierra, Dios manipula los imperios y las civilizaciones, los agentes físicos y las fermentaciones sociales, pero sin suprimir el factor básico de la Historia, que es el *hombre personal libre*.

Tales son las condiciones en que avanza a través de los siglos y sobre la haz de los continentes la Iglesia misionera. Ha de contar en primer lugar con *el misionero*, elemento personal activo que de ella recibe el cometido de llevar a las almas los medios de salvación, y con el elemento personal pasivo que aún no es miembro de Cristo, *el infiel*.

Mas, aparte de este factor personal, entran en plano inferior otras causas segundas, elegidas por Dios en su plan providencial, pero condicionadas también a la acción libre del hombre: son las instituciones de que la Iglesia echa mano para el cumplimiento de su misión evangelizadora y para que el factor primario, el misionero, logre con mayor eficacia su cometido. A este número pertenecen las Ordenes misioneras, los Seminarios de Misiones, las Obras Pontificias.

Y, formando categoría más extensa, hallamos los *Estados misioneros*, las naciones que, por ser hijas de la Iglesia y hallarse encuadradas dentro del destino general de ésta, participan asimismo de su deber misionero. Dada esta subordinación a la única mandataria de Cristo, que es la Iglesia, no hay Estado alguno que pueda adjudicarse como propia una misión excepcional en la difusión del Evangelio; pueden, eso sí, ofrecer a la Iglesia una excelente *coyuntura* para la realización de su misión.

Lo que sí cabe es que esa coyuntura sea de tal calidad que nos haga descubrir en las circunstancias especiales de un pueblo una verdadera *vocación misionera nacional*, y si a esta vocación o designio divino viene a añadirse la auténtica *misión canónica* por particular delegación del Vicario de Cristo, al descargar éste una parte de su responsabilidad sobre tal pueblo considerado en condiciones de responder de ella ante la Iglesia, hemos ya ante un auténtico Estado misionero, mandatario legítimo de la misión de Cristo.

Es el caso de la historia misionera de *España*. Llamada providencialmente a destacarse entre los factores secundarios del crecimiento de la Iglesia, supo ofrecer a

ésta una excepcional coyuntura en el periodo de su mayor pujanza y en el momento en que la Santa Sede se sentía impotente para sostener por sí misma el peso de la evangelización de los nuevos mundos que reclamaban su deber misionero. España conoció su propia vocación, atrajo sobre sí la gloriosa intimación apostólica y se lanzó con denuedo y sacrificio a llenar la parte que le correspondió en la historia de las Misiones.

He aquí el «sentido» de la historia misionera de España, dentro del marco de la Historia universal de las Misiones de la Iglesia.

Hasta dónde este destino misionero constituye a su vez el «sentido» de toda nuestra historia patria, de tal forma que se convierta en la fundamental razón de ser de nuestra personalidad nacional a los ojos de la Providencia divina, es una incógnita cuya solución escapa a la penetración del historiador.

Ramiro de Maeztu, el filósofo de la Hispanidad, dejó escrita esta sentencia audaz: «La misión histórica de los pueblos hispanos consiste en enseñar a todos los hombres de la tierra que, si quieren, pueden salvarse...». Tal vez haya una hipérbole patriótica en esta identificación de nuestro destino histórico con el de la misma Iglesia de Cristo, salva siempre la subordinación arriba establecida.

Pero esta suprema realización de nuestros siglos de oro no es toda la historia misionera de España. Existió primero nuestro llamamiento a la fe y nuestra orientación hacia el destino sobrenatural señalado por Dios a los hombres y a los pueblos; y una vez en posesión del credo salvador hubo ya atisbos de una vocación misionera nacional que quedaron sofocados más tarde y puestos a prueba por la invasión del infiel que se nos entró por las puertas; vencida la prueba, se desarrolló en toda su amplitud aquella vocación y España fué Estado misionero; el regalismo de la corte borbónica oscureció el carácter canónico de esta misión gloriosa y el liberalismo acabó con ella; ¿caminamos hoy hacia una nueva realización de nuestra vocación misionera nacional?

He aquí el jalonamiento de la historia misionera de España que pretendemos esclarecer en estas líneas.

Llamamiento a la fe

El primer capítulo de la historia misionera de nuestra patria es su incorporación a la Iglesia. La Península ibérica, que, según afirmación del historiador Mommsen, llevó a cabo su romanización de alto a bajo con mayor vigor que ninguna otra provincia del Imperio, se cristianizó también con más rapidez e intensidad que cualquiera otra; pero silenciosamente. En vano se afanarán los historiadores por descubrir las rutas que siguió el Evangelio en su penetración, los nombres de los evangelizadores, las dificultades que salieron al paso; siempre nos habremos de contentar con algunos textos indecisos sobre la venida de Santiago y de san Pablo, el apostolado de san Saturnino y poco más.

Pero se abren en el año 300 las actas del concilio de Elvira derramando un torrente de luz sobre los tres siglos anteriores; este inapreciable documento acusa ya como el escarmiento de la Iglesia oficial a la vista de los efectos de una cristianización excesivamente acelerada. Nos hallamos, en efecto, ante una asamblea compuesta de representantes de treinta y siete cristiandades, no obstante la amenaza de persecución ya desatada; los cánones delatan

los defectos de un clero abundante y totalmente dueño de la situación; el abuso introducido de permitir que los neófitos, al ser bautizados, pagasen un arancel; las penas establecidas contra los sacerdotes paganos que pedían el bautismo para asegurar su sustento y luego volvían a sacrificar; las condiciones impuestas para la admisión en la Iglesia de los magistrados, duumviros, aurigas y pantomimos, y sobre todo el canon que prohíbe incluir en el número de los mártires a los que perecían a manos de los paganos mientras se dedicaban a destruir los ídolos, son otras tantas pruebas de que el paganismo se hallaba ya en España en franca derrota. Es también elocuente el hecho de que, a los pocos meses de promulgarse el Edicto de Milán, los obreros cristianos del taller monetario de Tarragona se atrevieron a lanzar a la circulación monedas con la cruz como sello de fábrica.

Esta prontitud en responder a la vocación a la fe no podía menos de augurar a nuestra patria un destino destacado en el seno de la Iglesia. La Iglesia española produce ya, en aquella primera época, misioneros de temple esforzado que marchan lejos de su patria en busca de pueblos sumidos aún en las tinieblas de la idolatría, tales como San Fermín, en las Galias, y San Narciso, en Augsburgo.

Atisbos de una vocación misionera nacional

Desde el Edicto de Milán hasta la invasión de los bárbaros, España vive el reposo de su fe adulta. Mas no deja de alentar por eso la pluma de sus escritores cierto anhelo universalista y misionero.

Misionera es la musa de *Prudencio* al poner en los labios del español San Lorenzo, cara al cielo en el suplicio, la bellísima oración por la conversión de Roma: «O Christe, numen unicum»; Roma, «a la que Dios ha sometido las naciones con el solo fin de que ella las someta a Cristo».

*«Da a tus romanos, oh Cristo,
que sea cristiano un pueblo
por quien quisiste que tantos
se unieran en tu Evangelio.»*

Roma, cuya mayor gloria es la de haber preparado los caminos a Cristo en todo el mundo, como se lo hace ver el poeta al prefecto Simaco.

Así veía el vate patriota la grandeza de Roma. Pero cuando, pocos años más tarde, esta grandeza se desplomaba y se convertía en fábula de los que la creían inmortal, otro español, *Pablo Orosio*, acudía a serenar los ánimos con razonamientos misionales de verdadero «sentido» filosófico o, mejor, teológico de la Historia:

«Aun cuando solamente hubieran sido lanzados los bárbaros a las fronteras del Imperio para que entraran en el seno de la Iglesia los hunos, suevos, vándalos y borgoñones y otros innumerables pueblos del Oriente al Occidente, habría para bendecir la misericordia de Dios. ¡Venga en buen hora nuestra ruina si, mediante ella, las naciones han de conocer la verdad evangélica!»

La ruina vino. Y un día radiante del 589, de pie *San Leandro* en medio de prelados hispanorromanos y próceres visigodos en el tercer Concilio de Toledo, pronunció su maravilloso discurso, rebosante de optimismo misional:

«Mientras quede alguna parte del mundo o pueblo alguno bárbaro no iluminado aún por la fe de Cristo, no debemos dudar de que un día creará también y entrará en la única Iglesia verdadera».

Y *San Isidoro*, lo mismo al historiar las vicisitudes de los pueblos germánicos que al describir con amorosa simpatía las diversas naciones de la tierra en el libro IX de sus *Etimologías*, nos descubre un alma cristianamente universalista.

Ni hemos de maravillarnos de que la idea misional brotase espontánea en los escritores, cuando *la misma monarquía* sentía el impulso del proselitismo de la fe ortodoxa. Un testimonio tenemos en la fervorosa carta de *Sisebuto* al

rey de los lombardos Adalvaldo, instándole a que abandone el arrianismo y abraza con su pueblo la verdadera fe.

Entre el Evangelio y el Corán

Bajo la media luna, España volvió a ser país de misión y vió sometida a dura prueba su vocación misionera. Tratar de convertir a los odiados dominadores de la alta Edad Media era empresa imposible. Pero a partir del siglo XII, cuando deja de mirarse a los secuaces de Mahoma como opresores y se comienza a ver en ellos al enemigo vencido que se retira, prodúcese una corriente de atracción proselitista hacia los moriscos que quedan a retaguardia y aun hacia el interior de la morería. Esta preocupación misionera se manifiesta en los cánones de los sínodos, en los escritos de la época y en verdaderas expediciones apostólicas de las Ordenes mendicantes.

El afán evangelizador rebasa las fronteras de la península y va a engrosar con misioneros insignes el inmenso frente de las misiones mongólicas, en que colaboran los franciscanos y dominicos de todas las naciones cristianas.

En la literatura misional florecieron en el siglo XIII los tres homónimos *San Raimundo de Peñafort*, *Raimundo Martí* y el coloso mallorquín beato *Raimundo Lulio*, que por no haber en su época no fué comprendido. Misionólogo de alto estilo, que se mueve en la pura teoría de cánones y decretales, pero sin ahogar el ardor misional que se le contagia del ambiente en que viven sus hermanos de hábito, es en el siglo XIV el franciscano *Alvaro Pelagio* (propriamente Peláez o Páez).

Casi desconocido es el glorioso capítulo de la historia misionera de España, que encierra la evangelización, en el siglo XV, de las *islas Canarias*, digno prólogo a la gran epopeya de los siglos siguientes.

Al hablar de la labor misionera de España en el siglo XVI no acertamos a concebirla sino al otro lado de los mares, mezclada con el fulgor de las conquistas, y no paramos mientes en otro esfuerzo evangelizador, de menos ruido, confiado a la paciencia maternal de la Iglesia patria; la labor entre los *moriscos*. La gran nación misionera seguía siendo aún en gran parte país de misión y desarrollaba una importante literatura de pastoral misional.

España, estado misionero

Pisando con pie firme en la solidez berroqueña de su fe ortodoxa, consciente de su vocación excepcional al servicio del Evangelio y en posesión de la auténtica misión de la Iglesia, que le fué intimada en el mandato de Alejandro VI, afianzada con el Patronato otorgado por Julio II y definida con las atribuciones de Vicariato Regio por Adriano VI, España acometió su gesta titánica con decisión y seguridad de sí misma.

Todavía está por reducirse a síntesis nuestra historia misionera de los tres siglos de imperio colonial. Quien intentara llevarla a cabo habría de enfocarla, a mi ver, a base de los siguientes factores:

1) *La conciencia misionera de la metrópoli*. — En los primeros lustros del siglo XVI se desarrolló con paso tardo, a causa principalmente de que se estaba llevando a cabo a la sazón la reforma de las grandes Ordenes misioneras; adquirió gran pujanza durante el reinado de Felipe II y alcanzó su apogeo en el siglo XVII, para decaer grandemente en el XVIII.

2) *La literatura misional*. — Diríase a primera vista que España viene a ser como el insaciable misionero, avaro de tiempo e impaciente por llenar su cometido, que no halla espacio para teorizar sobre su labor. En esa literatura todo es práctico, todo tiende a la aplicación o brota de la tierra recién roturada impregnado del sudor del operario evangélico. Existe, sí, la teoría; pero no aquella teoría de mera especulación escolástica o humanista de los pocos

tratados misionales de las demás naciones europeas del siglo XVI, sino la que nace de una verdadera preocupación nacional.

3) *La parte de la Corona y la parte del personal misionero.* — Han de evitarse dos extremos igualmente antihistóricos: la tendencia de los escritores nacionales que, por enaltecer el nunca bien ponderado sentido de responsabilidad misionera que animó a nuestros monarcas y al Consejo de Indias, puede inducirnos a creer que el misionero español no fué sino un mero funcionario oficial sin personalidad apostólica, y la impresión más infundada todavía que dejan muchos escritores extranjeros de que América y Filipinas ingresaron en la Iglesia a pesar de la política antimisional del gobierno y de sus representantes. De hecho hubo absoluta compenetración; las Leyes de Indias son, al mismo tiempo, el resultado de la preocupación evangelizadora del gobierno y de los afanes y experiencias de los misioneros, y aun puede decirse que las leyes se crearon en ultramar y sólo se modelaron en Madrid.

4) *La magnitud del esfuerzo.* — En extensión: América y Oceanía, Japón, China, Tonkin, Próximo Oriente, África Central... Apenas hubo campo misional que no pisara la planta del misionero español. En personal: a mediados del siglo XVII se elevaba a 12.000 el número de operarios evangélicos que España empleaba en la dilatación de la Iglesia.

5) *El influjo de España en el despertar misionero del resto de Europa,* y particularmente en el origen de la sagrada Congregación de Propaganda Fide y del Colegio Urbano.

«¡Venga en buen hora nuestra ruina...!»

Mucho tenemos que aprender de aquel patriotismo impregnado de catolicidad de Pablo Orosio. Quédesen para los historiadores y economistas el especificar las causas que determinaron el desmoronamiento de nuestro imperio colonial y culpen al desgobierno de los de dentro o a la envidia y rapacidad de los de fuera nuestra insignificancia política de hoy.

A la luz de los planes divinos hay que descubrir la explicación adecuada. De la misma forma que el poderío de Roma se deshizo una vez cumplida su misión de vehículo de la primera difusión del Evangelio para dar lugar a que nuevos pueblos entraran en la Iglesia, así también nuestro imperio colonial terminó cuando la Iglesia de Cristo no precisaba ya de semejante instrumento.

Y a la manera que en la Edad Media se extendió por toda el Asia la dominación mongólica, desarticulando el mundo islámico y haciendo temblar a la Cristiandad para que ésta cayera en la cuenta de que se ofrecía buena coyuntura de pasear el estandarte de la cruz hasta el Extremo Oriente merced al indiferentismo religioso de los dominadores, de igual modo, en los tiempos modernos, ha permitido Dios el dominio del mundo por la protestante Inglaterra y por la tolerante Norteamérica para que los pueblos gentiles entren en fermentación y para que el inglés, la lengua vehicular menos complicada, venga a ser instrumento del mensaje de salvación. También se ha servido la divina Providencia de la fascinación ejercida en el mundo todo por la «politesse» francesa en el siglo pasado para difundir grandes instituciones misioneras necesarias en nuestra época, particularmente las Obras Pontificias.

Y... ¿quién sabe si en tiempos no muy remotos querrá utilizar el divino Misionero el fermento comunista para remover grandes obstáculos que se oponen a la aceptación de la doctrina evangélica: el sistema de castas de la India, el atavismo anquilosado de la sociedad china y otras barreras de índole social cuyo derribo está pidiendo una sacudida proporcionada?

No dudemos que Dios maneja con infinita sabiduría las causas segundas en favor de su Iglesia, con la mira puesta en el fin de completar el número de los elegidos, y no olvidemos que de la cooperación libre del hombre — de nuestra cooperación — depende el buen uso de las coyunturas que Él va deparando. Y hagamos algo por que España sea otra vez digna de entrar en los planes divinos como instrumento de primer orden para la nueva era de las Misiones que se vislumbra.

P. Lázaro de Aspuz, capuchino

A GUIA DE RESPUESTA

Irradiación misionera de la Doctrina del Cuerpo Místico a través de unas páginas de nuestro siglo XVI

Unos buenos amigos ingleses, que tienen aún familiares en el protestantismo, se me quejaban de una nota del beato Juan de Avila aparecida en estas columnas (1), la cual repetimos con las mismas palabras: «... cuán grande será nuestra culpa si no sentimos y gemimos ver llevadas captivas las ánimas debaxo el poderío del demonio, que poco a eran de nuestro pueblo (habla de los estragos del Protestantismo), eran hermanos nuestros; eran miembros de nuestro cuerpo que juntamente con nosotros tenían por cabeza a Jesuchristo en el cielo, y al Papa que es su Vicario en la tierra. Anse apartado, y an entrado en otro cuerpo cuya cabeza es el demonio, cuyo fin eterna condenación; cuyo propósito y exercicio procurar engañar a los que quedan y biven en la verdad de la Yglesia».

¿No habría maneras de suprimirla? — me decían con su peculiar acento y con una exquisitez de modales verdaderamente encantadora—. Nos gusta mucho el artículo; es muy interesante; pero esta nota es muy mala. No son así los protestantes. Y a continuación diéronme ciertos detalles de familia que me hicieron comprender mejor algu-

nos escritos de insignes varones convertidos al Catolicismo, principalmente de los eminentes cardenales Wiseman y Newmann.

Les di a conocer el alcance teológico de las palabras del beato Juan de Avila; hablamos del marco histórico de España y del extranjero con que debían rodearse; no nos pasó por alto el espíritu áspero y combativo de Lutero, como tampoco los alimentos con que se nutrió y desarrolló la Reforma Protestante, y, después de otros muchos puntos que, a más de amenos, tenían el interés y el calor de nuestros sentimientos religiosos, pudimos convencernos que animaba a nuestro beato un gran espíritu de caridad para con aquellas almas que él veía con dolor alejarse del hogar paterno, y que no querían sentarse en torno a la mesa del Padre Común, convirtiéndose en ramas desgarradas del Unico Tronco, o bien, en miembros separados del Cuerpo Místico, cuya cabeza es Cristo.

Nuestra conversación logró, ciertamente, endulzar no poco el amargo sabor que les habían dejado las palabras anotadas. Ahora ya nos es más simpático este Santo, concluyeron con su gracejo inglés. No cabe duda — añadiéndoles la mano — que muchas más serían las simpatías

(1) CRISTIANDAD, núm. 73, pág. 151 (7).

para nuestras cosas de España si se la comprendiera de veras.

A ello, pues, y a cumplir en parte lo prometido me ha dado ocasión este mes de octubre, que lo es de la Reina de Lepanto; mes de la fiesta de la Raza, que lo es de Nuestra Señora del Pilar; mes que lo es también de las Misiones, cuyo coronamiento es la Realeza y Majestad de Cristo Nuestro Señor, que «dominará de mar a mar, y desde el río hasta los términos de la redondez de la tierra... Y le adorarán todos los reyes de la tierra: todas las naciones le servirán» (Ps. LXXI, 8 y 11).

No se puede negar que España debe mucho a los predicadores apostólicos de nuestra Edad Aurea. Los púlpitos fueron en esta época verdaderas atalayas desde donde se daba al pueblo español la voz de alerta contra las herejías que pululaban en aquellos tiempos, y en especial de la recién nacida, cuyo padre era el tristemente célebre Martín Lutero. Y como quiera que el espíritu hispano estaba impregnado de una fuerte dosis de Sagrada Escritura y Teología, no es de maravillar que se diera cuenta de las desastrosas consecuencias a donde se vería arrastrado si no cerraba sus oídos a la voz falaz de la no menos falsa Reforma. De ahí también por qué no nos extraña hallarnos con frases que serán, si se quiere, algo duras a oídos no acostumbrados al ambiente de aquel entonces, pero que no dejan de contener una gran solidez dogmática y aquel encendido amor al prójimo que Nuestro Salvador nos recomendó desde la Cruz.

Para no citar el mismo ejemplo del beato Juan de Avila, cuyo desarrollo puede admirarse en las castizas y autorizadas palabras del señor Obispo de Jaén, doctor don Rafael García y García de Castro (2) y en la depurada edición del padre Camilo María Abad, S. J., de los *Memoriales para Trento* (3), hemos escogido uno que viene a abarcar el sentir del pueblo y el de los predicadores, el cual bastará, indudablemente, para ratificarnos en cuanto llevamos dicho: el de otra alma santa que supo recoger, como pocas, nuestro espíritu católico.

Dos razones, entre otras, nos han movido principalmente en la elección de este testimonio. Es la primera, el haber visto trazado por estos mismos celestiales dedos la figura de Cristo Rey, al hablarnos de las buenas maneras con que hemos de tratar a un tan gran Señor cuando entramos en oración: «¿Cómo podéis llamar al Rey alteza — dice —, ni saber las ceremonias que se hacen para hablar a un grande, si no entendéis bien qué estado tiene y qué estado tenéis vos? Porque conforme a esto se ha de hacer el acatamiento, y conforme al uso, porque aun en esto es menester que sepáis; si no, enviaros han por simple, y no negociaréis cosa. Pues, ¿qué es esto, Señor mío? ¿Qué es esto, mi Emperador? ¿Cómo se puede sufrir? *Rey sois, Dios mío, sin fin, que no es reino prestado el que tenéis. Cuando en el Credo se dice: Vuestro reino no tiene fin, casi siempre me es particular regalo. Aláboos, Señor, y bendígoos para siempre; en fin, vuestro reino durará para siempre*» (4).

Es la segunda, y más principal, el estar seguro de que sus palabras no van a defraudarnos por lo mismo que gustaron a aquel gran obispo de Ginebra, San Francisco de Sales, que supo atraer a tantas almas que andaban por las sendas del error y de la herejía protestante. «Causa asombro — escribe el santo prelado — ver tanta elocuencia junto con tan gran humildad, tanta seguridad de espíritu en medio de tanta sencillez; de modo que su sapientísima ignorancia hace parecer ignorantisíma la ciencia de muchos hombres de letras...» (5).

(2) *Maestro Avila* núm. 3, pág. 233 y sgs. — Excelente revista semestral de más de cien páginas. — Corredora 3, Montilla (Córdoba). Precio 15 pesetas, incluidos suplementos.

(3) *Miscelánea Comillas*, III, 1945.

(4) *Obra de Santa Teresa de Jesús. Camino de Perfección*, cap. XII, 1, pág. 415. — Edic. del P. Silverio de Santa Teresa. Burgos, 1939.

(5) *Tratado de amor de Dios*. Prólogo, pág. 16. — Edic. Apostolado de la Prensa. Madrid.

¿Quién no habrá adivinado que juicio tan encomiástico podía solamente hacer referencia a los libros de la gran Reformadora, la Bienaventurada Madre Teresa de Jesús, cuyo solo nombre es ya una garantía por llevar el sello del amor divino? ¿Quién no ha recordado al instante aquellas palabras con que la Santa de España rubrica aquel libro que «por unánime y universal consentimiento es tenido no sólo como el principal de las obras de la Santa, sino como uno de los primeros de la Mística experimental, tal vez como el más hermoso de la literatura cristiana en esta ciencia trascendente de los amadores de Dios?» (6).

Tengo para mí que sería una falta de atención no estamparlas: «Por el gran deseo que tengo de ser alguna parte para ayudaros a servir a este mi Dios y Señor, os pido, que en mi nombre, cada vez que leyereis aquí, *alabéis mucho a Su Majestad* y LE PIDÁIS EL AUMENTO DE SU IGLESIA Y LUZ PARA LOS LUTERANOS; y para mí, que me perdone mis pecados y me saque del purgatorio; que allí estaré, quizá, por la misericordia de Dios, cuando esto se os diere a leer, si estuviere para que se vea, después de visto de letrados. Y si algo estuviere en error, es por más no entender, y en todo me sujeto a lo que tiene la santa Iglesia Católica Romana, que en ésta vivo y protesto y prometo vivir y morir. Sea Dios Nuestro Señor por siempre alabado y bendito. Amén, amén.» Hasta en esto es graciosa la Santa y nos descubre su sin par donaire espiritual.

«Acabóse esto de escribir en el monasterio de San José de Avila, año MDLXXII, vispera de San Andrés, para gloria de Dios, que vive y reina para siempre jamás. Amén» (7).

Habían pasado, pues, cuando la Santa estampaba su firma en *Las Moradas* tres lustros desde la fundación de este su monasterio, que tantos trabajos le costó (1562). Y da la coincidencia que por estos mismos años de la fundación vino a sus noticias el incremento peligroso que habían tomado en Francia los conatos de reforma protestante, reprimidos en parte por Francisco I y Enrique II. ¿Qué hace la Santa? Dejemos que ella misma nos lo diga: «En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. *Dióme gran fatiga y yo como si pudiera algo o fuera algo lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal. PARECIAME QUE MIL VIDAS PUSIERA YO PARA REMEDIO DE UN ALMA DE LAS MUCHAS QUE ALLI SE PERDIAN.*» No se contenta con esto la Doctora mística, busca la compañía de otras almas: «Y como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos, determiné hacer ese poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo. Y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor.» Es digna de anotarse la atinada finalidad de estas oraciones: «... y que todas ocupadas en *oración* POR LOS QUE SON DEFENSORES DE LA IGLESIA Y PREDICADORES Y LETRADOS que *la defienden*, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen (aquéllos), a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrian tornar ahora a la Cruz estos traidores y que no tuviese a donde reclinar la cabeza» (8).

A lo mejor me dirán los buenos amigos ingleses: Lea, lea unas líneas más abajo estas palabras que a nosotros nos suenan muy mal: «... ¿qué esperamos ya los que por la bondad del Señor estamos sin aquella roña pestilencial que ya aquéllos son del demonio? Buen castigo han gana-

(6) *Introducción a las obras de Santa Teresa*. — Edic. cit., pág. XXVI.

(7) Edic. cit. pág. 648, 4 y 5.

(8) *Camino de la Perfección*. Cap. I, 2 sgs. — Edic. cit., pág. 345 y sgs.

do por sus manos y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno.»

No trunquemos el pensamiento. Sea dicho, ante todo, que el *contexto viene a ser un sentido lamento de la Madre Teresa* por la ingratitud de los cristianos para con su Redentor y un hacer ver a sus monjas que hace bien poco, «no hace nada quien ahora se aparta del mundo. Pues a Vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros?» Y si ponderamos la fuerza de la expresión literal, podemos decir que en español nos suena a una manera muy gráfica de expresar una gran verdad teológica; en lo cual es maestra nuestra Santa. Nos parece oír la voz de una madre que avisa a sus hijitas a fin de que no coman lo que ella juzga que ha de serles dañino, diciéndoles: ¡Veneno, veneno!, ¡roña, roña! Por lo demás, *nunca podrán las palabras objetadas*, quizás mal sonantes a oídos extranjeros, *patiar los sentimientos de esta tan gran española* «que mil vidas pusiera para remedio de una alma de las muchas que allí se perdían», «que se le quiebra el corazón por ver tantas almas cómo se pierden», «que querría no ver perder más cada día», que exhorta con tanta insistencia a sus monjas: «¡Oh, hermanas mías!, ayudadme a suplicar esto al Señor que para eso os juntó aquí; éste es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí, vuestras lágrimas; éstas, vuestras peticiones.»

Y si no basta este primer capítulo del *Camino de Perfección*, véase el tercero, donde prosigue lo que en aquél empezó a tratar, y persuade a las Hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios favorezca a los que trabajan por la Iglesia.

«Viendo tan grandes males — dice la Santa — que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego de estos herejes, con que se ha pretendido hacer gente para si pudieran a fuerza de armas remediar tan gran mal, que va tan adelante, hame parecido es menester como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra y viéndose el Señor de ella apretado se recoge a una ciudad, que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios y ser tales los que están en la ciudad, como es gente escogida, que pueden más ellos a solas que con muchos soldados, si eran cobardes, pudieran y muchas veces se gana de esta manera victoria. Al menos, aunque no se gane no los vencen; porque, como no haya traidor, si no es por hambre, no los pueden ganar. Acá esta hambre no la puede haber que baste a que se rindan, a morir sí, mas no a caer vencidos.» ¿Para qué ha dicho esto la Santa Doctora? «Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios es que en este castillo que hay ya de buenos cristianos no se nos vaya ya ninguno con los contrarios, y a los capitanes de este castillo o ciudad los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos. Y pues los más están en las religiones, que vayan muy adelante en su perfección y llamamiento, que es muy necesario; que ya, como tengo dicho, nos ha de valer el brazo eclesiástico y no el seglar. Y pues para lo uno ni lo otro no valem nada para ayudar a nuestro Rey, procuremos ser tales que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios, que con

tanto trabajo se han fortalecido con letras y buena vida y trabajado para ayudar ahora el Señor.» El temor de excedernos nos obliga a poner punto aparte.

Esto escribía Santa Teresa en aquellos tiempos en que gobernaba los destinos de nuestro Imperio el no muy afortunado Rey Prudente, llamado por sus enemigos, los protestantes, el Demonio del Mediodía.

Nosotros suscribimos los dichos de nuestra gran Reformadora, cuando nos hiera aún el grito de alerta que daba *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús* en marzo del pasado año, al explicar la intención del mes siguiente: «Que sea defendida eficazmente la fe católica en América Latina», cuando vemos aún las manos suplicantes de la intención misional de julio siguiente: «Que abolida la escisión protestante, los infieles sean más fácilmente traídos a la verdadera fe», intención explicada en un erudito estudio de nuestra muy amada revista *Catolicismo*. Si, no dudamos en suscribirlo, cuando tenemos aún grabadas las palabras del *Truth and Light*, de Detroit (Estados Unidos, agosto 1929): «Por cada católico que un misionero logre convertir al protestantismo, hará cincuenta agnósticos e infieles... Si su fin es hacer infieles, entonces la iglesia protestante de Sudamérica puede esperar un éxito razonable. No podrá salvar, pero sí podrá llevar a la perdición a muchas almas, destruyendo su fe en los fundamentos de la religión cristiana.» Asimismo, lo suscribimos ahora que «el Secretariado Internacional de la Unión Misional del Clero, como las principales direcciones nacionales, van otorgando una atención creciente al problema del retorno de las iglesias cristianas a la unidad de la verdadera Iglesia» (9). ¿Cómo, en fin, no hemos de suscribirlo cuando respiramos aún el aliento misionero de la encíclica *Corporis Mystici* de Su Santidad Pío XII: «*Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante: QUE LA SALVACIÓN DE MUCHOS DEPENDA DE LAS ORACIONES Y MORTIFICACIONES DE LOS MIEMBROS DEL CUERPO MÍSTICO DE JESUCRISTO, dirigidas a este objeto, y de la colaboración de los pastores y de los fieles* (sobre todo de los padres y madres de familia), con la que vienen a ser como cooperadores de nuestro divino Salvador.»

Terminemos con aquella exclamación tan ferviente y tan misionera de la Santa Madre Teresa: «¡Ay dolor, Señor, y quién se ha atrevido a hacer esta petición en nombre de todas! ¡Qué mala tercera, hijas mías, para ser oídas, y que echase por vosotras la petición! ¡Si ha de indignar más a este soberano Juez verme tan atrevida, y con razón y justicia! Mas mirad, Señor, que ya sois Dios de misericordia; habedla de esta pecadorcilla, gusanillo que así os atreve. Mirad, Dios mío, mis deseos y las lágrimas con que esto os suplico y olvidad mis obras por quien Vos sois, y habed lástima de tantas almas como se pierden, favoreced vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la Cristianidad, Señor; dad ya luz a estas tinieblas» (cap. III, 9 del *Camino de Perfección*). Festividad de Santa Teresa, 1947.

Martirián Brunsó, Pbro.

Catedrático del Seminario de Gerona

(9) *Illuminare* núm. 145. (Julio-Septiembre, 1947)

Las Misiones Católicas están sufriendo las consecuencias de la guerra. Hay que reconstruir los templos, los hospitales, los orfanatrofios, los colegios. ¿Quieres ayudar a esta empresa? El 19 de Octubre es el Domingo Mundial de la Propagación de la Fe.

La hora actual religiosa del Japón

Todos los observadores de la vida religiosa del Japón están contestes en afirmar que hoy el Japón está al comienzo de una sorprendente evolución religiosa, como lo estuviera a fines del siglo pasado respecto a su evolución material.

Mas las evoluciones religiosas de un pueblo, no suelen depender de un solo factor —aun mirado el aspecto puramente humano de las cosas—, sino de un complejo de factores que se suceden, se entrelazan, se influyen mutuamente.

Quien atribuye el despertar religioso del Japón simplemente al desconcierto producido por la bomba atómica o por la completa derrota de su Ejército y Armada, demuestra una visión infantil del problema.

En la imposibilidad moral de señalar todas las causas y el alcance preciso de cada una de ellas en la actual favorable disposición del pueblo japonés hacia el Cristianismo, me limitaré a exponer algunas que parece han sido las más decisivas.

La sangre de los mártires

La sangre de los mártires —ha dicho Tertuliano y lo han repetido los apologistas todos que vinieron después de él— es semilla de cristianos. Axioma por otra parte basado en la Escritura, en el Dogma, en la Tradición y en la Historia.

Pues bien; esta verdad es el mejor fundamento para esperar grandes triunfos de la Iglesia de nuestros días en el Japón.

Mártires ha tenido la Iglesia en este país como quizás en ningún otro del mundo. Muertes cruelísimas, sobrellevadas con entereza admirables y fidelidad conmovedora. Y este sacrificio de la Iglesia japonesa no solamente ha durado desde el año 1588, en que comienza la primera persecución de Taikosama, hasta el año 1650, en que quedan exterminados por completo sus sacerdotes, sino que continúa durante dos siglos para volver otra vez a agravarse el año 1856, a la llegada de los nuevos misioneros, y terminar en 1888, en que se decreta la libertad religiosa. Trescientos años de martirio continuo sobre la Cristiandad del Japón.

Acerca del número de los mártires no están acordes los autores. En las dos primeras persecuciones de Taikosama y Yemitsu se conoce el nombre de 3,120 mártires. Pero se sabe también —por testimonios de los mismos jueces— que 280.000, a quienes les fueron confiscados todos sus bienes, murieron de hambre por no renegar de su Fe.

Asimismo, se conocen numerosas ejecuciones en masa. Solamente en 1624, el número de víctimas se eleva a 30.000. Y según el P. Cittola, los precipitados al mar en 1638, desde la llamada «Roca de los Papistas», pasan de 4.000

Toda la historia de la Cristiandad del Japón confirma plenamente el juicio que hiciera S. Francisco Javier de este pueblo excepcional: «Del Japón hay tanto que decir que sería nunca acabar. Con esto acabo sin poder acabar... escribiendo de amigos tan grandes como son los cristianos del Japón». Juicio que años más tarde corroboraba el célebre P. Organtino cuando decía: «En diez años todo el Japón sería cristiano si tuviéramos número suficiente de misioneros». La fidelidad a la religión una vez abrazada y el proselitismo de su Fe son las dos principales características del cristianismo japonés.

Niño hubo de Sakai que, al querer marchar con sus padres al martirio, dijéronle éstos: «¿Conque no aguantas una llama insignificante y vas a soportar tan terribles tormentos?» Entonces el chico, para demostrarles lo contra-

rio, toma en sus manos un hierro candente. Abalanzanse sus padres a quitárselo y no lo suelta hasta que le prometen que si algún día hubieran ellos de morir le habrán de llevar consigo.

Los vecinos cristianos de los pueblos se comprometían con juramentos como éste: «Aunque nos arranquen las uñas y saquen los dientes y den tormento de agua o quemén vivos, nunca dejaremos la Fe de Cristo que profesamos».

Desde las aguas hirvientes y sulfurosas del volcán Unzen hasta la colina de Nagasaki, en las fosas y en las cruces, corre por todo el Japón un torrente de sangre cristiana secundando la tierra.

En 1865, el Padre Petijean, M. E., enviado por Pío IX con otros misioneros de París para inaugurar la nueva época misionera, se encuentra un día en su capillita de Nagasaki con unas pobres mujeres que miran emocionadas desde la puerta.

—Seibó Maria. No gozóo wa? ¿Dónde está la imagen de María?

... Se había descubierto la antigua cristiandad del Japón.

—Y a vosotros, ¿quién os envía?—siguen diciendo.

¿Adoráis a la Virgen? Enseñanos a tus hijos para que los acariciemos.

Eran las tres señales que les habían dejado sus antepasados para reconocer a los verdaderos misioneros: La obediencia al Papa, el amor a la Virgen y la vida de celibato.

¡Pobres cristianos de Urakami, descubiertos después de doscientos años de catacumbas! Creían encontrar la paz para su fe, cuando se cierne sobre ellos el encarcelamiento, el hambre, la deportación, el tormento, el martirio. Los 10.000 cristianos hallados, restos de la bella cristiandad de 600.000 del siglo xvii, son perseguidos a muerte. A 4.000 de ellos les confiscan los bienes, los deportan, los constriñen a apostatar. Al niño de 11 años Sue-Kichi le ponen en la mano aceite y le prenden fuego. Quémase el aceite, mas el niño no profiere una sola queja.

Cuando el hambre es más atroz invitase a Itchán, niño de cuatro años, a tomar unos pasteles en señal de apostasia; y el niño les contesta: «Más quiero el cielo que los pasteles, porque en el cielo tendré muchos más pasteles».

A Kumi Taróo, de 16 años, llévanle al pie de una cascada y pónenle de rodillas para que el agua helada caiga con violencia sobre su cuello y sobre todo su cuerpo, noche y día. Veinte días dura este cruelísimo suplicio, sin cambiar de postura. Cuando le consuelan sus compañeros de cautiverio Kumi Taróo les responde: «Mirad, los primeros ocho días han sido terribles. Pero después vi un pajarito en esa rama que piaba llamando a sus padres; y su vista me llenó de consuelo, pensando que si Dios cuida de los pajaritos y les da padres, con cuánto más cariño me cuida Él a mí. Y desde este día no he vuelto a sentir ningún dolor por más que os parezca». La vida de este joven terminó con el suplicio.

Urbano VIII, en 1624, admirado del valor de los cristianos japoneses, dirige un mensaje a los católicos del Japón: «Si Cristo y los Apóstoles —les dice— han podido al precio de su sangre triunfar sobre la idolatría romana y la crueldad de los Nerones, Domicianos y Julianos, y han cambiado la sinagoga de Satanás en la capital del mundo cristiano, ¿no venceréis vosotros las supersticiones del Japón por el mismo medio?»

Y Pío XI, en medio de las últimas persecuciones, les decía: «Cuando Nos recordamos los oráculos de Nuestro Señor Jesucristo y lo que El ha predicho a sus Apóstoles y discípulos, no podemos dejar de ver en este rudo combate

la grandeza y la fuerza de la religión católica, la magnífica recompensa que os está preparada y un feliz presagio para este querido reino del Japón.

«Pues si Roma, que debería ser constituida cabeza del mundo cristiano, fué regada más copiosamente que todas las otras ciudades con sangre de mártires, ¿no será también para el reino del Japón prenda de insigne victoria sobre la idolatría esta sangre desde hace tanto tiempo y tan generosamente derramada por tantos ilustres testigos del Evangelio?»

A la luz que brota de aquellos hechos y de estas graves palabras hemos de contemplar e interpretar la hora actual del Japón. ¿Estaremos ya en la hora de recoger la cosecha ubérrima de esa siembra generosa?

Posiciones actuales del Catolicismo

Para un país de setenta millones de habitantes no cuenta hoy el Japón más que con 100.000 católicos y 474 sacerdotes. O sea, uno para 147.000 almas. Es, por tanto, esta nación la más desprovista de sacerdotes.

En cuanto a la enseñanza hay un Seminario Mayor en Tokio, dirigido por los Jesuitas, y cinco seminarios menores. Una Universidad católica; nueve colegios importantes de religiosos y 28 de religiosas, entre ellos los de las Mercedarias españolas de Bérriz y Esclavas del Sagrado Corazón.

Respecto a la beneficencia funciona un gran hospital católico en Tokio dirigido por las Franciscanas Misioneras de María y otros 16 más pequeños, con dos leproserías y diversos dispensarios, asilos y orfanatos.

Hemos de confesar que la situación del Catolicismo, tanto por el número de sus misioneros, como por el de las instituciones de enseñanza y beneficencia, es muy pobre para poder intentar resultados decisivos.

Una sencilla comparación con el Protestantismo, nos demostrará:

Los adeptos protestantes suman 209.000, aunque repartidos en distintas sectas. Los Pastores evangélicos indígenas llegan a 2.875.

Mientras los protestantes tienen en Tokio 442 iglesias, abren sus puertas solamente 18 templos católicos. En la gran ciudad de Osaka solamente existen dos iglesias católicas por 37 protestantes.

La IMCA (Asociación de Jóvenes Protestantes) sostiene 247 asociaciones estudiantiles con 26.600 miembros activos. Asimismo, tienen las sectas 12 hospitales y sanatorios, 21 dispensarios con 119 médicos y 20 médicas; 1.200 camas.

También existen 5 seminarios importantes para la preparación de los Pastores.

Desde 1875 existe la gran Universidad protestante de Doshisu University, con 4.700 estudiantes, a la que se han añadido después 6 universidades más con 12.000 alumnos.

En la editorial protestante se editaron, en 1939, 1.578.561 Biblias y libros cristianos y 1.988.218 folletos.

De las 150 vidas de Jesucristo catalogadas en la Biblioteca Imperial, 10 tan sólo son de inspiración católica.

Mas la tristeza se mitiga y se trueca en optimismo si miramos otros factores del problema.

Una de las dificultades que más habían entorpecido los avances del Catolicismo en el Imperio del Sol Naciente era, de una parte, el fanatismo budista, enemigo proverbial del nombre cristiano y el Shintoísmo del Estado, fundamentalmente anticristiano.

Ahora bien, estas dificultades han venido en gran parte a suavizarse en estos últimos años.

Evolución religiosa de la intelectualidad japonesa

Mucho antes de la colosal derrota sufrida por su país, los japoneses más cultos diéronse cuenta de que las reli-

giones antiguas del Shinto y de Buda no podían suministrar base sólida para la evolución material y moral que se estaba verificando en su país.

Aunque el Japón logró asimilar maravillosamente los adelantos materiales de los países cristianos se inoculó, sin embargo, con el ateísmo práctico de sus intelectuales, gérmenes de muerte que un día habían de producir sus tristes frutos de descomposición.

El laicismo de la enseñanza ha sido designado —aun antes de la última guerra— por los verdaderos intelectuales japoneses, como Hayimi Hosichi, en una obra prologada por el entonces primer Ministro, como el verdadero peligro nacional.

Y conste que la enseñanza en el Japón en su aspecto material no tenía nada que envidiar, hasta muchas veces sobrepasaba, a la de las naciones más adelantadas. Pero carecía de un sólido fundamento en que la voluntad se apoye y con la que se vivificase.

No hace mucho —según el jesuita japonés P. Yosait-kusu en un artículo suyo de abril de 1947— la Universidad Imperial de Tokio hizo una encuesta sobre las creencias religiosas de sus 5.000 alumnos. He aquí sus resultados: 3.000 se declararon agnósticos, 1.500 ateos, 300 budistas, 60 cristianos, 8 shintoístas y 6 confucianos.

En otra encuesta realizada entre 30.000 estudiantes de las universidades del Estado, sólo 3.000 afirmaron pertenecer a alguna religión. Los 27.000 restantes se declararon sin ninguna.

El Japón, por este camino, va a la destrucción de sus verdaderos valores. Prueba es esta concluyente de que las sectas paganas del Japón no han podido suministrar a su formidable evolución el necesario fundamento moral y religioso.

Por eso, los que aman de veras al Japón parece que han intuido en la religión Católica la base ideal para afianzar la existencia y el porvenir próspero de su pueblo. Las mismas costumbres materialistas que introdujeron del extranjero no estaban en consonancia con las tradiciones japonesas de amor a la familia, respeto a los mayores, concepto de la felicidad y del honor, honestidad en el vestir de las mujeres, amor al trabajo e inclinación hacia la austeridad y el sacrificio... Valores todos estos que se complementan y subliman por el ideal cristiano.

El mismo Gobierno japonés, al dar en la actualidad la cartera de Educación a un Ministro católico, parece reconocer la superioridad de la formación dada por la Iglesia Católica a la juventud japonesa.

Disolución religiosa

El alma japonesa, fina y perspicaz, ha comprendido la vaciedad de sus dioses falsos y se encuentra desconcertada. Símbolo de este estado de alma es el cuadro que un gran pintor japonés exponía en un museo de Tokio. En el centro, radiante y de pie, un rapaz. En segundo término cuatro graves personajes miran fijamente al muchacho invitándole a seguirles. Este está perplejo, sin saber qué hacer. Esas figuras representan a un sacerdote shintoísta, a Confucio, a Buda y a Cristo.

A tal grado ha llegado el desconcierto religioso del Japón, que en 1930 el Ministerio de Educación declaraba que eran 500 las religiones que se habían inscrito en el catálogo del Ministerio.

Descomposición del Shintoísmo

El Shintoísmo consiste en substancia en un culto primitivo a los espíritus de la naturaleza, sobre todo en sus relaciones con el Japón. Mezclado a este culto está la veneración al Emperador y a las almas de los héroes nacionales.

Ciertamente el Gobierno declaró que las ceremonias en honor de los caídos en la guerra no tenían carácter reli-

gioso, sino meramente patriótico; y en ese sentido la Santa Sede permitió a los católicos esas ceremonias con las caudelas convenientes. Pero los nacionalistas exaltados, especialmente los de casta militar, ya desde la revolución de Meiji, en 1888, procuraron exaltar la devoción popular hacia la Patria, haciendo de la veneración al Emperador un verdadero culto. El carácter divino del Emperador y la misión divina del Japón en el mundo era el dogma fundamental. Esta creencia, hábilmente explotada entre el pueblo, ha sido un poderoso instrumento para la preparación guerrera del Japón.

Constituía al mismo tiempo uno de los mayores obstáculos para la Iglesia católica, como lo había sido en los tiempos de Roma el culto al Dios-Estado.

La derrota aplastante del Japón ha dado al traste, en gran parte, con este mito.

El 15 de diciembre decretase por el general Mac Arthur la supresión de la subvención a los 300 templos nacionales shintoístas.

Y ahora viene el golpe final, que ha de conmover en sus raíces más profundas el Shintoísmo japonés. El 31 de diciembre, víspera de la fiesta nacional del Japón, en un solemne rescripto el Emperador declara textualmente:

«LOS LAZOS DE UNION QUE EXISTEN ENTRE NOSOTROS Y NUESTROS SUBDITOS, HAN ESTADO SIEMPRE BASADOS EN UN MUTUO AFECTO Y UNA CONFIANZA RECÍPROCA. NO DEPENDEN DE SIMPLES LEYENDAS O MITOS; NO TIENEN POR BASE LA FALSA CONCEPCIÓN DE QUE EL EMPERADOR ES UN SER DIVINO, Y QUE EL PUEBLO JAPONÉS ES SUPERIOR A LAS DEMÁS RAZAS Y ESTA DESTINADO PARA SALVAR AL MUNDO. EL «TENNO» NO ES UN DIOS VIVO.»

Acerca del Budismo podemos también decir que le hieren de rechazo los tiros dirigidos contra el Shintoísmo; porque ambas religiones están tan enlazadas en este país, que perder la fe en una es también perderla en la otra. Los intelectuales ya no creen en sus dogmas ni en su moral, aunque la costumbre les hace visitar las pagodas y dar sus palmadas reglamentarias. El pueblo todavía cree y practica, aunque sin entenderlo bien.

Optimismo para el porvenir

La guerra ha hecho sentir su peso a la Iglesia católica en el Japón. Cincuenta iglesias han sido destruidas y en las más importantes ciudades la mitad de sus escuelas y colegios. Veinticinco conventos, treinta dispensarios y diversas instituciones benéficas hay que anotar en la lista de la devastación. En Tokio dos grandes pabellones de la Universidad católica quedaron arrasados. El Clero indígena perdió dos Obispos, cinco sacerdotes, diez seminaristas y unas sesenta religiosas.

De los fieles, que eran 121.000 en 1941, sólo quedan ahora 100.000. Mas a pesar de tantas ruinas, una savia nueva corre por el árbol de la Iglesia en el Japón, preunciando una floración primaveral maravillosa.

Durante los dos años anteriores a la derrota, pudo comprobar el P. Ritter, S. J., de la Universidad Católica de Tokio, un acrecentamiento notable de conversiones.

La derrota y sus secuelas han apresurado este movimiento hacia el Cristianismo y en particular hacia la Iglesia católica.

El antiguo Ministro de Asuntos Exteriores, Matsuoka, pidió el bautismo al morir al padre Flaujac.

Toshio Siratori envió desde la prisión, donde estaba encerrado como «criminal de guerra», un llamamiento al Emperador invitándole a ponerse al frente del «movimiento cristiano del Japón».

En el actual Ministerio el primer ministro Yoshida Shigeru, perteneciente a una familia toda ella católica, tiene como ministro de Instrucción Pública a un gran católico, Tanaka Kotaro, que es el decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Imperial de Tokio y autor de un famoso libro *Derecho, religión y vida social*. Es, además, un activo militante de Acción Católica. Es el mismo que habló hace pocos meses sobre la religión Católica delante del Emperador en la serie de cuatro conferencias que fueron dadas en el Palacio Imperial de Tokio. El propio Emperador está ya muy bien dispuesto en favor del Catolicismo; e incluso se dice que es cristiano.

Todos los misioneros están también acordes en afirmar que parece que ha llegado la hora de la conversión del Japón y que el verdadero problema está actualmente en la falta de brazos que recojan la mies.

Cuando van por las calles nuestros misioneros, no pocas gentes les paran para pedirles les instruyan en la Fe; a otros les piden que den conferencias sobre la Iglesia católica en la Universidad budista de Kioto o a la Policía de Tokio.

Estadísticas de junio de 1946 dan cuenta de que en la archidiócesis de Tokio había 2.600 catecúmenos, cuando antes de la guerra eran 497; en Osaka, donde eran 346 en el año 1941, han subido ahora a 1.023; en Nagasaki son 2.564 contra 99 de antes y en Hiroshima 460 de 250 que existían ya.

En la ciudad de Yamaguchi, donde plantó la iglesia del Japón S. Francisco Javier, se está pensando ahora en fundar una Universidad internacional, cuya Facultad principal será la Teología cristiana, y uno de sus principales iniciadores, pagano todavía, ha acudido a los Jesuitas pidiéndoles ayuda para que esta Facultad sea católica «como debe ser —decía— por haber estado allí S. Francisco Javier».

«Las actuales circunstancias —han declarado en documento conjunto los prelados japoneses de Tokio, Osaka y Fukuoka— son muy favorables a la extensión del Catolicismo: todos tienen ahora más facilidad de ambiente para practicar su religión. Todas las autoridades se muestran muy bien dispuestas hacia el Catolicismo y están decididas a favorecerlo cuanto puedan.

»No es exagerado decir que desde la llegada de S. Francisco Javier al Japón (1549) no ha habido jamás época más favorable para predicar el Evangelio que esta en que vivimos.

»Parece que en los designios de la Providencia no ha sido más que una preparación al trabajo de la evangelización y que hoy está a punto el momento de la cosecha. Sería deplorable, en verdad, no aprovecharse de una ocasión tan buena.»

La gravedad del problema salta a la vista de todos. Desaprovechar esta ocasión es quizá perder para muchos siglos la conversión del Japón, ya que estos periodos de crisis en la historia de los pueblos no suelen durar muchos años.

¿No se referían también al Japón las proféticas palabras de Pío XI el año 1936?

En la Asamblea del Consejo Superior de las Obras Misionales Pontificias, tras haber lamentado la entonces actual apostasía de ciertas naciones que eran cristianas, alzó su cabeza, permaneció un instante silencioso, y con la mirada inmóvil, como la de un profeta que entreveía los futuros designios de Dios exclamó: «Dichosos vosotros, jóvenes amados, que veréis cosas grandes, cosas admirables, cosas sorprendentes. A la Iglesia vendrán a parar tantísimos pueblos... tantísimas gentes que todavía andan muy lejos. Dichosos vosotros que trabajáis por el advenimiento de cosas tan grandes y maravillosas».

Joaquín M.^a Goiburú

Los «Cristianos Crepusculares» del Japón

Se cuentan por miles los «Cristianos Crepusculares» que viven una vida sombría y secreta en el Suroeste del Japón. Su historia, que data desde las persecuciones del siglo XVII, es una de las más extrañas y patéticas de la historia de la Iglesia.

Acabo de regresar de las Islas Goto, en donde vive la mayoría de estos sobrevivientes cristianos de los que muy poco se conoce. Los Goto constituyen una hilera de cinco islas, cuyo tamaño varía de 5 a 15 millas de longitud, rodeadas de otras pequeñas islas, situadas todas a unas sesenta millas de Nagasaki.

Cuando la persecución aterrorizaba el país hace más de 300 años, los católicos huyeron a estas islas, en donde, como en la región de Nagasaki, crearon un movimiento cristiano clandestino. Cuando los sacerdotes católicos fueron aceptados de nuevo en el Japón a mediados del siglo XIX, doscientos cincuenta años después de la huida a las Goto, la mitad al menos de los cristianos que habían permanecido ocultos por tanto tiempo, emergieron de sus escondrijos, para reclamar la solicitud de la Iglesia y ser reclamados por ella; pero muchos miles de cristianos no se presentaron, pues habían perdido su camino en la crisis.

Todavía hoy se encuentran colonias de estos cristianos, perdidos entre los pescadores y campesinos de las Goto; algunas veces están en los mismos pueblos con los católicos, otras se ven pueblos enteros constituidos por estos «Hanares», «separados» como se les llama.

El número de católicos en las islas asciende a 20.000, pertenecientes a 13 parroquias que atienden únicamente once sacerdotes. Junto a esta población de vigorosos católicos, de 30 a 40.000 hanares caminan a tientas en el crepúsculo religioso de semiolvidadas y torcidas tradiciones. La libertad religiosa, el contacto con el Santo Padre, la Misa y los Mandamientos: todas las bendiciones por las que sus ascendientes suspiraron en la negra hora de la persecución, han sido ya restauradas; pero estos cristianos del crepúsculo viven sin reconocerlo.

«Yoco te Pancio»...

Una noche al obscurecer, tuve una conversación de dos horas con cuatro de sus dirigentes locales. Gente reservada y sospechosa, cuyos abuelos aprendieron el hábito del silencio de una manera triste, estos cuatro hombres hablaron más o menos libremente en mi presencia, gracias a que el Padre Yamaguchi, en cuya casa yo estaba hospedado, y el Padre Yano, quien actuó como intérprete, habían ganado su confianza.

Uno de ellos era un «szukeyaki» (bautizador) en su secta, y a solicitud mía, repitió la fórmula bautismal y sus versiones del Padre Nuestro y el Ave María. Su fórmula bautismal constituye aparentemente una corrupción del latín que pronunciaban los misioneros españoles y portugueses de cientos de años atrás, tan lejos ahora del original, que acaso si pudiese ser considerada válida. Suena más o menos así: «Yoco te pancio in nomine pacis et filii del espíritu san-yuan-ito».

El Padre Yano creyó reconocer algunas viejas palabras japonesas en su Padre Nuestro; todo lo que pude reconocer en su Ave María fué: «Ave María... Jesu... Santa María... morir... Amen». Las palabras intermediarias no pudieron ser identificadas como japonés, y los oradores no parecían entender el contexto de las fórmulas.

(Un sacerdote japonés me manifestó que los cristianos que habían preservado el Ave María en forma inteligible, eran aquellos que establecieron contacto con la Iglesia tan pronto como los sacerdotes retornaron en 1865.)

En sus comunidades tienen únicamente tres funcionarios: el cabecilla, llamado «choyaki», al que le siguen en rango el «bautizador», y luego el «ministro» o sirviente, entre cuyos deberes se encuentra el servir el agua bautismal; ésta debe ser la primera agua tomada del pozo o arroyo durante el día. El bautizador usa una vestimenta blanca especial; después de la ceremonia, se coloca sobre la cabeza del recién bautizado una tela blanca marcada con una cruz.

Muchos de los términos religiosos usados por los hanares son ecos de palabras latinas mezcladas con terminaciones japonesas. Hablan de Dessama (Dios) y Mari-sama (la Madre Santísima); usan también el término Paradiso, y reconocen la palabra purgatorio. Tienen una vaga tradición acerca de la Santa Sede; pero cuando hablan de «Roma-Papa» no sabemos con claridad si reconocen al Papa como un ser existente en la tierra o algún espíritu del otro mundo.

El retorno

Hace veinte años que los sacerdotes católicos de Nagasaki identificaron once oraciones usadas por los hanares, que incluyen el Credo en latín. Después de alguna insistencia de mi parte, nuestros cuatro visitantes manifestaron francamente que sólo los viejos de las comunidades recuerdan todas las oraciones y tradiciones.

Muchos de los jóvenes se inclinan al paganismo y al indiferentismo. En tantos miles de hanares, los restos de la tradición cristiana se han mezclado con paganismo.

«Volveremos a la Iglesia, pero con el tiempo —nos dijo uno de los cuatro—. La mayoría de nosotros nos sentiríamos avergonzados de cambiar la religión de nuestros antepasados.»

El Padre Yano y yo tratamos de explicarles que esta reunión con la Iglesia significaría únicamente la plenitud y no el rechazo de las tradiciones de sus ascendientes; pero los cabecillas se mostraban temerosos de aceptar la autoridad eclesiástica. Es sólo natural que el orgullo de los hanares se sienta herido al admitir que han vivido equivocados durante ochenta años, mientras que sus vecinos, los católicos, han estado en la verdad.

A ellos les disgusta el nombre de hanares, «separados», con que los denominan los católicos. Dicen que éstos son los innovadores, y llaman a su propia secta «motocho» o religión primitiva. De acuerdo con las profecías de sus antepasados, esperan el día en que vengan, en barcos negros, sacerdotes de lejanas tierras, que habrán de restablecer su religión. Es en vano que los católicos les digan que ese día ya llegó hace ochenta años, cuando arribaron a Nagasaki sacerdotes franceses. Los hanares todavía esperan una misión especial de Roma-Papa. Que la reconozcan, es muy difícil decir.

Han tenido muy poca oportunidad de conocer los acontecimientos en el mundo ajeno. El hilo de la historia se escurrió de sus vidas alrededor de 1640. «Cuando el Padre abra una escuela para nuestros hijos, entonces nos será más fácil entrar en la Iglesia», dijo uno de los visitantes. El Padre Yamaguchi es especialista en trabajos de conversión y ya ha ganado para el catolicismo a más de cien de estos extraños cristianos «crepusculares».

Era ya medianoche cuando nuestros cuatro visitantes salieron del piso de la casa japonesa en que estábamos y escurrieron sus pies entre los zapatos. Se inclinaron profundamente, dijeron «sayonara» (hasta luego) y desaparecieron en la obscuridad.

Patrick O'Connor, S. S. C.
(Corresponsal de N. C., Tokio)

YA se sentía hacía muchos años la falta y necesidad imperiosa de tener una imprenta en el Japón de caracteres europeos, por ser ésta el arma más poderosa de la propaganda de las ideas, y así el Padre Valiñano decía que era muy necesaria para evitar que los Padres y Hermanos se cansen y fatiguen copiando tantas cosas, empleando en este trabajo el tiempo que habian de gastar en estudiar. Con motivo de la persecución que empezó a padecer la cristiandad del Japón, y al no poder predicar los Padres, que permanecían escondidos y protegidos en aquellos reinos en que sus Reyes eran cristianos, sintieron más que nunca la necesidad de la imprenta, que permitiese la propagación de la fe y las enseñanzas por medio de los libros, ya que no podían hacerlo de palabra, y por estas razones, al final del año de 1590 se instaló en el Colegio de Cazzusa una imprenta de caracteres europeos, de la que dice el repetido cronista Padre Guzmán:

Para llevar adelante estos ejercicios de letras, y ayudar con más comodidad a los prójimos con los ministerios de la Compañía, hizo el Padre Provincial Alejandro que se pudiese una imprenta en aquel colegio, la cual hizo traer desde Macao por ser grande la necesidad que había de estampar muchas cosas que tenían escritas de mano y traducirlas del Japón en latín. Entre los libros que se imprimieron con este intento fué una arte latina con su declaración en lengua del Japón y un vocabulario muy copioso en lengua latina, portuguesa y japónica con algunos otros libros; también se imprimieron el *Flos Sanctorum* y la *Doctrina Cristiana*, con una declaración hecha por vía de diálogos; en la cual se ponía extensamente todas las cosas necesarias de nuestra fé, aunque después se hizo otra breve suma de toda esta doctrina en diez capítulos, los cuales se imprimieron juntamente con los quince misterios del Rosario y otras cosas breves para repartir entre los cristianos, por ser esto más necesario en tiempo que no podían los Padres predicarles tan libremente. Y por este camino no solamente se aprovecharían los cristianos, pero



Lámina 2

Imprenta europ

los mismos hermanos naturales del Japón quedaban mejor instruidos en las cosas de nuestra santa fé, y en más breve tiempo para poder predicar a los gentiles.

Los materiales de esta imprenta entra en lo posible fuesen traídos desde Europa, como he dicho antes, por los embajadores japoneses, o bien por los Padres de la Compañía que los acompañaron en su viaje, y de ser esto cierto, es lo más probable los transportaran de España, última nación que recorrieron, y que fué siempre la que más se preocupó de la expansión de la imprenta, pues no solamente la llevó a América y Filipinas, sino que la primera imprenta europea que se estableció en la India fué llevada por el español y valenciano Juan de Bustamante, que se estrenó con la impresión de unas *Conclusiones de Filosofía* para un acto público del Colegio de la Compañía de Goa, en el año de 1556.

El primer libro que se imprimió en el Japón con caracteres europeos y en lengua japonesa fué en el Colegio de Cazzusa (seminario de niños y adultos), perteneciente al reino de Arima, cuyo Rey, Don Protasio, era cristiano, y en el año de 1591. Fué este primer libro un *Flos Sanctorum o vida de los Santos*, e impreso en dos tomitos, rezando su portada *Sanctos No Go Saguio no Uchi Nuqigaqi*, y el pie de imprenta *No Collegio Cazzusa... 1591*.

En estos dos tomitos se comprenden muchas vidas de santos y mártires, y en el tomo segundo se incluyen varios capítulos de la *Introducción del Símbolo de la Fe* del Padre Fray Luis de Granada; en sus portadas se encuentra grabado en madera a San Pedro, rodeado de varios santos, y este grabado con toda seguridad es obra de un artista japonés, ya que éstos eran muy hábiles para esta clase de grabado, como nos refiere el tantas veces citado Padre Guzmán: *Los niños del seminario fuera del ingenio y habilidad que mostraban para las letras, le descubrían también muy grande para otras cosas, como en tocar diversos instrumentos tañer y cantar, y otros en el arte de pintar y ABRIR LÁMINAS, PARA IMPRIMIR IMÁGENES.*

En 1592 fué trasladado este seminario de niños y adultos, verdadera escuela de artes y oficios: de Cazzusa a la isla de Amacusa, donde se instaló nuevamente la imprenta, publicando en este año tres obras, todas ellas en japonés y de gran importancia, demostrando esta actividad tipográfica que este arte como modalidad europea fué acogido con gran entusiasmo por los japoneses que estudiaban en el Colegio, y que muy pronto fueron maestros en el mismo.

Fué una de éstas el *Catecismo*, en forma de diálogo en latín y japonés, y con un pequeño vocabulario al final del libro en portugués-japonés; de este *Catecismo* dice el Padre Guzmán que se hizo otra edición abreviada en diez capítulos, a la que se agregaron los quince misterios del Rosario.

Otra obra fué la *Introducción del Símbolo de la Fé* del Padre Fray Luis de Granada, y aunque es un compendio, consta el libro de más de seiscientas cincuenta páginas.

La tercera obra, impresa en el mismo año que las anteriores, es una *Historia del Japón*, probablemente la misma de que he hecho alusión a lo largo de este trabajo, y que escribió un caballero japonés por el año de 1562, según da cuenta el



ea en el Japón

Padre Luis de Almeida en carta fechada en aquel año; está impresa en japonés, conteniendo, además, las *Fábulas de Esopo* en latín y japonés, una colección de *Máximas* y, al final, un *Diccionario Japonés-Portugués*.

**DICIONARIUM
LATINICVM, AC
AMBROSII CALEP
IN: m quo omisiss no
xorum, quam homi
vstitatis, omnes vocabul
dicendi modi apponuntur:
uris, quæ Latino idiomati opeo
laponicis sermonem addicunt.**



**IN COLLEGIO
IETATIS IESV
Superiorum.
D. XCV.**

En el año de 1594 dieron a luz las prensas de Amacusa la *Gramática* del Padre Manuel Alvarez, en la cual las conjugaciones están en latín-portugués-japonés y con frases de clásicos japoneses se aclaran muchos preceptos.

En 1595 se publicó un *Dictionarium* (lámina 1) en tres lenguas: latina, portuguesa y japonesa; este *Diccionario* fué un arreglo hecho por los Padres de la Compañía del famoso de siete lenguas de Ambrosio Calepino, y se imprimió con el título *Dictionarium Latino Lusitanicum, ac Japonicum ex Ambrosii Calepini volumine depromptum... In Amacusa in Collegio Japonico... M. D. X. C. V.*

Había por esta época arreciado mucho la persecución de la cristiandad en el Japón, y todo hace suponer que la imprenta fué trasladada a *Todos los Santos*, aldea perteneciente a Nangasaqui, por ser este el único punto del Japón donde Taicosama permitió quedasen dos o tres Padres de la Compañía, para que le sirvieran de intérpretes con los comerciantes portugueses, y por esto los pies de imprenta desde 1596 hasta 1600 rezan solamente *In collegio Japonico Societatis Iesu*.

Corría el año de 1599 cuando fué impresa en el Japón una obra en dos tomos, que constituye el monumento más colosal de la presencia cultural y tipográfica de Europa en el Japón.

Lo mismo que en 1549 fueron españoles los primeros que en el Japón comenzaron a enseñar la civilización cristiana, también fué española la obra primera que fué impresa casi totalmente en caracteres japoneses y de las que dió más fruto a la cristiandad, porque permitía fuese leída aun por los gentiles que desconocían los caracteres europeos, el latín y el portugués.

Los japoneses cristianos que trabajaban en los talleres tipográficos de la Compañía de Jesús, quisieron, a la vez que demostrar su fe, demostrar su habilidad impresoria con la estampación de la *Guía de Pecadores* del Padre Fray Luis de Granada (lámina 2), verdadero alarde tipográfico, para el que tuvieron que vencer, seguramente, enormes dificultades de tecnicismo, pues esta obra es el resultado de una confraternidad en los procedimientos de impresión, porque en ella se emplean para su estampación dos sistemas, el europeo y el oriental.

Aquellos japoneses cristianos que trabajaban en los talleres tipográficos de la Compañía de Jesús, quisieron, a la vez que demostrar su fe, demostrar su habilidad impresoria con la estampación de la *Guía de Pecadores* del Padre Fray Luis de Granada (lámina 2), verdadero alarde tipográfico, para el que tuvieron que vencer, seguramente, enormes dificultades de tecnicismo, pues esta obra es el resultado de una confraternidad en los procedimientos de impresión, porque en ella se emplean para su estampación dos sistemas, el europeo y el oriental.

Esta obra tuvo gran resonancia e influencia en la conversión de las almas japonesas, y escribe el Padre Fray Jacinto Orfanel, de la Orden de Predicadores, en su obra *Historia Eclesiástica de los Sucesos de la Cristiandad del Japón*, impresa en Madrid, 1633, y como testigo ocular en el Japón, al tratar de dos cristianos convertidos que fueron santos mártires, llamados Miguel y Cosme y de la mujer del primero llamada Maxencia.

Tenían estos cristianos en su casa la *Guía de Pecadores del Padre Fray Luis de Granada*, y solían leer en el muy de ordinario hasta la Maxencia, que también sabía leer; y no se puede decir el gran provecho que ha hecho en el Japón este libro traducido como anda, al cual no solo esti-

man y andan perdidos por él los cristianos; pero aún hasta los gentiles gustan de leer en él muchos y lo tienen algunos en sus casas.

Es indudable que siguió la actividad tipográfica en Nangasaqui algunos años más, pues se citan como impresas en la misma y sin fecha, creyéndose lo fueron con anterioridad a 1622, la obra del Padre Antonio Spnelli, con el título en latín *Maria Deipara Thomus Dei* y traducida al japonés por el Padre Pedro Pablo Navarro.

Se cree que de Filipinas se trajo alguna otra imprenta al Japón por Dominicos y Franciscanos, sobre lo cual yo encuentro la siguiente referencia en la obra de Sicardo *Cristiandad del Japón*, impresa en 1698 (lámina 3), en que hablando de Fray Hernando de Ayala, Dominico que pasó al Japón en el año de 1605, dice:

Con tan cuidadoso obrero evangélico floreció tanto la cristiandad en Nangasaqui, que en pocos años, hechó más rayces, adelantándose cada día la devoción de los cristianos.

Esto hace suponer que los Padres de la Orden de Santo Domingo tenían imprenta propia en el Japón, aunque es muy posible utilizaran la de la Compañía de Jesús, que siempre dió grandes facilidades a los Padres de otras religiones, como a la llegada de los Franciscanos en 1593, que antes de partir para Meaco enviaron a pedir al Padre Pedro Gómez, Viceprovincial de la Compañía, que estaba en Nangasaqui, algunos libros donde pudiesen aprender la lengua para lo cual envióles luego el Padre, un arte, un vocabulario y otros librillos a propósito, compuestos en letra del Japón con la declaración impresa en nuestra lengua, para que junta la una con la otra la entendiesen mejor.

Fragmentos de la obra de Francisco Vindel: *La cultura y la imprenta europeas en el Japón durante los siglos XVI y XVII*. Madrid 1943).

**CHRISTIANDAD
DEL JAPON. 12
Y DILATADA PERSECUCION
QUE PADECIO.
MEMORIAS SACRAS.
DE
LOS MARTYRES DE LAS ILVSTRES
Religiones de Santo Domingo, San Francisco,
Compañía de Jesus; y crecido numero de
Seglares; Y con especialidad, de los Religiosos
del Orden de N.P.S. Augustin.**

SV AVTOR
EL P.M.Fr. JOSEPH SICARDO, DE DICHA ORDEN,
Doctor en Theologia, por la Real Vniversidad de Mexico,
Examinador Synodal, y Visitador del Obispado de Mi-
choacan, Maestro de las Provincias de Castilla, y Mexico,
Theologo, y Examinador del Tribunal de la Nunciatura
de España, y Predicador de su Mag.

DEDICALAS
AL EXCMO SEÑOR D. RODRIGO MANVEL
Fernandez Manrique de Lara, Conde de Frigiliana, y de
Aguilar, del Consejo de Estado, y Governador del
Sacro Supremo, y Real de Aragon, &c.

Año (X) de 1698.

(S) CON PRIVILEGIO, (S)
En Madrid: Por Francisco Sans, Impresor del Reyno, y Poetero
de Camara de la Magestad.

Lámina 3

MISIONES DE INDOCHINA

Es bien triste —aunque tal vez muy humano— el hecho de que muchas cosas grandes necesiten el aguafuerte de la sangre para conquistar la popularidad de los grandes letrados de los grandes diarios.

Algo así le ha sucedido al pueblo, por tantos conceptos admirable, que habita la península transganguética que llamamos Indochina francesa.

Indochina ha sido en la historia, y tal vez lo siga siendo en el porvenir, algo así como los Balcanes del Extremo Oriente. Hasta el que siglo xx ha hecho desaparecer las distancias, este hecho no ha tenido repercusión en las preocupaciones cancillerescas de nuestras latitudes.

Hoy no hay Balcanes que estén demasiado lejos. Y por eso Indochina es un tema de actualidad. Aun entre nosotros.

Con lo que tiene de actualidad habría suficiente en este tema para llenar el espacio que en este número de **CRISTIANIDAD** podemos dedicarle, aun circunscribiéndonos a su problema puramente misional que, desde el punto de vista de esta publicación, es el más importante, y sin duda, en el fondo, el de más trascendentales consecuencias.

Pero nada aparece en este mundo por generación espontánea. Y mucho menos los acontecimientos históricos de envergadura, que necesitan una copiosa siembra de ideas y de hechos, ruines y heroicos, para que podamos esperar una prolifera cosecha.

La presente situación misional de Indochina tiene sus raíces en cuatro siglos de historia, en que abundan esos acontecimientos. Esquematicémoslos aquí como base de la explicación del presente y del porvenir misional de Indochina.

PASADO

Los orígenes de la predicación del Evangelio en Indochina están envueltos en encantadoras brumas de leyenda.

Hay ciertos indicios de que el dinamismo de Santo Tomás Apóstol no se detuvo en la India, sino que llegó hasta los confines del continente asiático. Desde luego, los antiquísimos Anales de Tunkín, en relatos que se refieren a los siglos I y II de nuestra era, hablan de un virrey chino, que habitaba en la provincia de Tanh-Hoa, como adorador del Dios de los cristianos. No sabemos si es reminiscencia de esta noticia la narración del presbítero español Pedro Ordóñez de Ceballos, que fué misionero en Indochina a fines del siglo xvi.

También se habla del paso de misioneros nestorianos por estas tierras a fines del siglo x.

El hallazgo del Crucifijo en los palacios de Le Anh Tong, rey de Annam y de Tunkín, a mediados del siglo xvi, presta bastante verosimilitud a la creencia de que el Cristianismo había dejado sus vestigios entre los indochinos, mejor —hoy— vietnamitas. Si bien la existencia de estos vestigios pudiera explicarse por la existencia de misioneros en China desde el siglo xiii y por la presencia de navegantes y misioneros dominicos y franciscanos portugueses en Malaca, en el xvi.

Tengan el valor que tengan estas reminiscencias más o menos legendarias, es lo cierto que la auténtica historia misional de Indochina empieza en el siglo xvi, un poco esporádicamente y sin organización precisa en un principio, con todo el brío de misioneros auténticos y conscientes de la empresa, después.

El primer gran Misionero de Indochina fué el P. Gaspar de Santa Cruz, dominico portugués, perteneciente a la llamada congregación de Santa Cruz de las Indias.

Después de él otros varios dominicos y franciscanos, españoles y portugueses, y aun algunos sacerdotes del clero secular, hicieron heroicos esfuerzos para implantar en firme la religión de Jesucristo en Indochina. Merecen citarse entre estos primeros evangelizadores, el P. Diego Aduarte, dominico español y capellán de una de las famosas expediciones a Camboja (1596-1598), el P. Acevedo, dominico portugués que gozó de gran prestigio en los medios intelectuales y en la Corte imperial, durante más de diez años. El P. Luis da Fonseca, dominico portugués, y el P. Gregorio de la Motte, dominico francés, que fueron asesinados por los infieles en odio a la religión hacia el año 1588, y son, sin duda, los protomártires de Indochina.

Jefe de otra expedición de Misioneros Franciscanos fué el P. Diego de Oropesa, que después de muchos trabajos no tuvo éxito, y sus miembros tuvieron que dispersarse.

La organización de las Misiones en Indochina en estos primeros lustros de heroicos esfuerzos, se debe en gran parte a los PP. Jesuitas, sobre todo después que, obligados por la persecución en el Japón, tuvieron que dirigir sus jóvenes bríos a otro campo más benigno. Desde entonces, hasta su supresión por el Papa Clemente XIV, no dejó la Compañía de enviar operarios evangélicos a Indochina, si bien su influencia disminuyó desde que la Sociedad de Misiones Extranjeras de París dedicó gran parte de sus miembros a la evangelización de estas tierras.

A los Padres Jesuitas se deben algunas de las instituciones fundamentales del Catolicismo anamita; ellos contribuyeron en gran parte, sobre todo el célebre P. Rodhes —francés, aunque de origen español—, a la romanización de la fonética de los caracteres sinoanamitas, que tanto ha facilitado el apostolado de este país. En esta tarea colaboraron también dominicos españoles y portugueses. Solamente en Tunkín, el número de cristianos ascendió a más de 80.000 durante los años en que misionaron estas tierras los hijos de San Ignacio de Loyola.

Pero sin duda, la obra de más trascendencia de los Jesuitas en la evangelización de Indochina, es su contribución, sobre todo del P. Rodhes, a la fundación de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París.

En efecto, el P. Rodhes, obligado a abandonar la querida Misión por la que tanto trabajó, se dirigió a Roma para tratar de los asuntos de la Misión con el Papa, y si era posible traer más misioneros a Indochina.

Su contacto con un sacerdote francés, Mons. Pallu, Superior a la sazón de una Sociedad de piadosos sacerdotes, produjo la maravilla de la orientación de esta sociedad hacia las Misiones (agosto de 1658).

Al primer grupo de Misioneros presididos por Monseñor Pallu y Mons. Lambert de la Motte, nombrados Vicarios Apostólicos, se les encomendó oficialmente la evangelización de toda Indochina y de las provincias meridionales de China.

Los trabajos, sudores y martirios sobrellevados por generación tras generación de Misioneros de esta benemérita Sociedad constituyen uno de los capítulos más maravillosos de la Historia de las Misiones, que aquí no podemos detallar porque nos haríamos interminables.

Pocos años después fué encomendada a los Dominicos españoles de la Provincia del Smo. Rosario de Filipinas la evangelización de la parte Norte de Indochina, bajo el nombre de Vicariato Oriental.

Los Dominicos españoles comparten con los Misioneros de las Misiones Extranjeras de París, la gloria de la evangelización de este pueblo, en unas Misiones que han sido

propuestas repetidas veces por la Santa Sede, como modelo de Misiones Católicas.

Tampoco podemos detenernos a hacer historia detallada de la grandiosa obra de apostolado llevada a cabo por nuestros compatriotas, hijos de Santo Domingo de Guzmán. Basten unos datos para comprender lo que supone la realización de la que hoy es el Catolicismo de Indochina.

Desde el año 1675, en que oficialmente fué encomendada por la Santa Sede esta Misión a los Dominicos españoles, han evangelizado aquel país 228 Dominicos españoles, de los cuales 11 murieron martirizados, 9 de ellos ya solemnemente beatificados. Junto a ellos trabajaron 165 Dominicos anamitas, de los cuales 35 son mártires, 9 de ellos ya solemnemente beatificados. Al lado de sus apóstoles, y sólo en la Misión Dominicana, murieron por la fe 45.000 cristianos tunkinos, muchos de los cuales son también Dominicos de la Tercera Orden, y otros 300.000 fueron arruinados en sus haciendas o desterrados, en medio de horribles persecuciones y martirios que hacen de la Iglesia Católica en Indochina un ejemplo único, en muchos aspectos, en la Historia de la Iglesia.

PRESENTE

Fruto de tantos sudores y tanta sangre de Misioneros y de cristianos es el actual florecimiento de la Iglesia anamita, que hace concebir las más halagüeñas esperanzas a pesar de los tristes presagios que en estos últimos meses aparecen en el horizonte.

Ofrecemos unos datos escuetos que nos darán idea de la situación.

El número de católicos en toda la Indochina asciende a cerca de dos millones en una población total de unos 24 millones de habitantes, lo cual arroja una proporción del 12 por ciento. Porcentaje no muy elevado ciertamente para poder cruzarnos de brazos, pero sí lo suficiente halagador si lo comparamos con la proporción que se nos ofrece en otros países de Misión. En la India son católicos poco más del uno por ciento. En China, menos del uno por ciento, y en Japón, uno por cada cuatrocientos paganos.

Si a esto añadimos que Indochina es el país clásico del Clero indígena en tierras de Misión —que es el termómetro auténtico del avance de la Iglesia—; y los Seminarios ofrecen las garantías de cualquier Seminario europeo o americano, con vocaciones proporcionalmente más numerosas que la mayoría de las naciones católicas; y las Asociaciones católicas florecientes y bien organizadas, tendremos los datos fundamentales para asegurar que la sangre de los mártires y el heroico esfuerzo de los Misioneros han puesto la Iglesia en marcha en Indochina.

Unas cifras darán idea de la situación actual de las Obras Católicas. Solamente ofrecemos las pertenecientes a los tres Vicariatos Apostólicos encomendados a los Dominicos españoles y al Vicariato de Bui-chu recientemente entregado a la administración del Clero indígena.

En estos cuatro Vicariatos, obra de los Misioneros españoles, existen actualmente más de 2.000 iglesias y capillas, cerca de 4.300 escuelas y colegios, cerca de 200 instituciones de caridad, varios Seminarios Menores y un Gran Seminario Regional, Noviciado y Estudio General para Dominicos Anamitas, una Imprenta que ha publicado y publica una infinidad de libros populares y científicos, originales o traducciones de los Misioneros y varias publicaciones periódicas. Todo esto para servicio de unos 600.000 católicos que hay en estos cuatro Vicariatos mencionados y los cinco millones de paganos que aun quedan en el Tunkin encomendado al celo apostólico de nuestros compatriotas.

Cifras proporcionalmente semejantes se pueden ofrecer de las Misiones de los Ad Exteros de París y de los demás Vicariatos encomendados ya al Clero indígena.

¿Cómo ha sido posible esta maravillosa obra en medio de las dificultades de toda clase que se han presentado en la evangelización de este país: clima agotador y malsano en muchas partes, penuria económica que sólo los que la han vivido pueden expresar, persecuciones horribles, casi siempre, y siempre incomprensión de un pueblo de tan distintas costumbres y fondo histórico del de los evangelizadores?

Tanto los Misioneros como los misionados, no tienen más que una respuesta: Después de la gracia de Dios, factor absolutamente indispensable, la sangre de tantos miles de mártires y la abnegación y los hercúleos trabajos de heroicos misioneros, pequeños y grandes San Pablos, merecedores, sin duda, de los honores de los altares, si es que ha habido apóstoles que se los merecen.

De este gigantesco esfuerzo misionero es fruto el que de los dos Vicariatos Apostólicos de los primeros días podemos ofrecer el siguiente cuadro sinóptico:

CIRCUMSCRIPCIONES ECLESIASTICAS EN INDOCHINA

| | | | |
|-------------------|------------|--------------------------------|---|
| | Lang Son | (Dominicos Franceses) | |
| | Bac Ninh | } Dominicos Españoles | |
| | Hai Phong | | |
| Tunkin | Thai Binh | } (Mros. Extranjeros de París) | |
| | Hanoi | | |
| | Hung Hoa | | |
| | Thanh Hoa | | |
| | Bui Chu | | } (Clero Indígena) |
| | Phat Diem | | |
| Annam | Vinh | } (Mros. Extranjeros de París) | |
| | Hue | | |
| | Qui Nhon | | |
| Cochinchina. } | Saigón | (Mros. Extranjeros de París) | |
| | Vinh Song | (Clero Indígena) | |
| Camboja | Pnom Penh | (Mros. Extranjeros de París) | |
| Laos. | Nam Sieng | } (Mros. Extranjeros de París) | |
| | Kon Tun | | |
| | Vien Tiane | | (Oblatos de M. ^a Inmaculada) |

Diecisiete Vicariatos Apostólicos, distribuidos según aparece en el cuadro anterior, y una Prefectura Apostólica encomendada a los Padres Oblatos de María Inmaculada.

Tres Vicariatos aparecen ya administrados por el Clero Indígena, y más se les hubiesen encomendado en estos últimos años, si no hubiese sido por los entorpecimientos ocasionados por la guerra, pues el Clero anamita cuenta con magníficos elementos formados en Roma, Francia y en la Universidad de Santo Tomás de Manila, dirigida también por Dominicos españoles.

No podemos menos de nombrar siquiera, aunque no trabajen en las Misiones propiamente dichas, a los Padres Redentoristas canadienses, que tienen tres Conventos en Indochina. Otros tres tienen los Franciscanos. Y los Trapenses poseen tres grandes monasterios, cuyos miembros son casi todos anamitas.

También ejercen una magnífica labor los Hermanos de la Doctrina Cristiana en una docena de colegios y escuelas.

Colaboradores de los Misioneros, y de una importancia excepcional, son los Institutos Misioneros femeninos. Además de la media docena de conventos de Carmelitas de clausura, regentan numerosas instituciones las Hermanas de la Caridad de San Pablo de Chartres, las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, las Franciscanas Misioneras de María, las Canonisas de San Agustín y las Damas de las Misiones.

Sin contar las numerosas Casas de Congregaciones indígenas —solamente de Terciarias Dominicas hay cerca

PLURA UT UNUM

de 800—, la providencial Institución de la llamada «Casa de Dios», arsenal de magníficos catequistas y maestros, y las Asociaciones y Ordenes Terceras seculares. Solamente de la Orden Tercera de Santo Domingo existen más de 10.000 miembros.

He aquí un bosquejo rápido de la situación presente de las Misiones de Indochina.

Sobre esta magnífica realidad se ha cernido por más de seis años el pavoroso espectro de la guerra, con todas sus secuelas. No llegó a descargar la tormenta en gran escala, cuando todo el mundo se desangraba. Pero apenas sonaron los clarines de una paz indecisa, comienza en Indochina la lucha sangrienta, que aun continúa.

PORVENIR

¿Qué porvenir espera a esta magnífica realidad misionera ante los acontecimientos políticos de los últimos meses?

No podemos profundizar en los antecedentes históricos ni en las causas inmediatas de la actual situación católica en que se desarrolla la vida —y la muerte— del moderno Viet Nam, porque nos llevaría más lejos de lo que este trabajo permite. Como en toda revolución —y más si es de tipo nacionalista rabioso— hay siempre, en Viet Nam y en cualquier país del mundo, una serie de atropellos y barbaridades, perfectamente explicables para los que saben de qué es capaz la naturaleza humana. Las víctimas suelen ser en muchas ocasiones bien inocentes. Todo es lamentable; Dios nos libre de quitar mérito al sufrimiento de víctimas, tan cerca del corazón, como son los Hermanos en Religión y los amigos y compañeros entrañables de toda la vida, que están padeciendo tantas cosas, en el cuerpo y en el alma...

Pero precisamente estos dolores y esta sangre derramada

por nuestros Hermanos, son la base de nuestro optimismo cuando intentamos lanzar nuestra mirada al porvenir de Viet Nam.

Es cierto, que la mayoría de los dirigentes del actual movimiento nacionalista de Viet Nam son comunistas o comunistoides. Es cierto que la sombra siniestra de la U. R. S. S. se cierne sobre el futuro inmediato de este pueblo como de tantos otros. Es cierto que ha habido serias equivocaciones aun por parte de algunos miembros dirigentes del Catolicismo.

Pero es cierto también —y lo atestiguan los últimos misioneros que de allí han llegado— que la situación no es desesperada, y desde luego pasajera. Es cierto que la prueba no se presenta tan aterradora como la que experimentó la Iglesia annamita, cuando aun era más tierna, a causa de las horripilantes persecuciones de los Emperadores Minh Manh y Tu Duc, en que los Vicarios Apostólicos, los Misioneros y los cristianos eran perseguidos y martirizados sin compasión. Y es cierto, sobre todo, que la Iglesia de Jesucristo está muy por encima de las miserias humanas, individuales y colectivas, y aun de ellas sabe sacar energías para hacerse más pura y más fuerte.

Creemos, pues, que con los datos que hemos ofrecido en estas cuartillas; con 1.600 sacerdotes indígenas, religiosos y seculares; con las instituciones católicas florecientes y en marcha, no hay razón para dudar de un porvenir glorioso para la Iglesia Católica en Indochina, fruto normal de cuatro siglos de historia amasada con sangre de mártires.

Fr. Ricardo M.^a Rojo, O. P.

(Director de «Misiones Dominicanas»)

Nota. — Para ampliación de los datos de este trabajo, se consultará con provecho la *Historia de las Misiones Dominicanas en Tunkin*, por el P. Marcos Giepert, O. P., de que hay limitados ejemplares en la Administración de MISIONES DOMINICANAS (Conde de Peñalver, 40, Madrid), y la Obra del P. A. Callego, O. P., recién publicada por la editorial «Pro Fide», bajo el título de *Indochina*.

Cervantes ante el "Domund"

«En domingo, nueve días del mes de octubre, año del Señor de 1547, fué bautizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervantes y de su mujer doña Leonor de Cortinas...»

Así empieza la partida de bautismo, que se conserva en la iglesia de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares.

Por estos días, pues, se realizaría el bautizo del inmortal autor del *Quijote*. El día nueve sería recibido en el seno de nuestra santa Madre la Iglesia, y las vendas de la fe cristiana disiparían las tinieblas y sombras de muerte para iluminar a aquel preclarísimo ingenio y, con él, a centenares de lectores.

Ante la proximidad del DOMUND, ante esta jornada misionera que llamamos Domingo Mundial de la Propagación de la Fe, vista la intención misional de octubre, que nos incita a pedir «que en los países cristianos las corporaciones más cultas favorezcan más a las misiones», nos hemos preguntado: ¿Qué sentiría, de hallarse ante ese día, entera y mundialmente misional, nuestro glorioso Príncipe de los Ingenios, adalid esforzado de nuestra cultura?

Aunque en la misma novela del Cautivo, que hallamos intercalada en el *Quijote*, nos parece descubrir Cervantes, con más o menos brillo, ciertos afanes misioneros; creo, sin embargo, que en *Persiles y Segismunda* nos hace sentir la plenitud de la palabra católico, el *omnes gentes*, en que se funda el ideal misionero. Valga como prueba la relación

de hechos que hace Ricla de aquella bárbara que acogió hospitalariamente a un español arrojado por la borrasca a la no menos bárbara isla:

«Llamo esposo a este señor (al español) porque, antes que me conociese del todo, me dió palabra de serlo, al modo que él dice que se usa entre verdaderos cristianos; *hame enseñado su lengua, y yo a él la mía*, Y EN ELLA, ASIMISMO, ME ENSEÑÓ LA LEY CATÓLICA CRISTIANA; DIÓME AGUA DE BAUTISMO EN AQUEL ARROYO, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran; DECLARÓME SU FE COMO ÉL LA SABE, LA CUAL YO ASENTÉ EN MI ALMA Y EN MI CORAZÓN, DONDE LE HE DADO EL CRÉDITO QUE HE PODIDO DARLE; creo en la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero, y que, aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo, no son tres dioses y apartados, sino un solo Dios verdadero; finalmente, creo todo lo que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana regida por el Espíritu Santo y gobernada por el Sumo Pontífice, vicario y virrey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de San Pedro, su primer pastor después de Jesucristo, primero y universal pastor de su Esposa la Iglesia. Dijome grandezas de la siempre Virgen María, Reina de los cielos y señora de los ángeles y nuestra, tesoro

del Padre, relicario del Hijo y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de los pecadores. Con éstas me ha enseñado otras cosas, que no las digo, por parecerme que las dichas bastan para que entendáis que soy católica cristiana. Yo, simple y compasiva, le entregué un alma rústica, y él, merced a los cielos, me la ha vuelto discreta y cristiana; entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendía a nadie, y de este entrego resultó haberle dado dos hijos, como los que aquí veis que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero; en veces, le traje alguna cantidad de oro, de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el día, que ha de ser tan dichoso, *que nos saque de esta prisión y nos lleve a donde la libertad y certeza, y sin escrúpulo SEAMOS UNOS DE LOS DEL REBAÑO DE CRISTO, A QUIEN ADORO EN AQUILLA CRUZ QUE ALLÍ VEIS.*»

¿Verdad que vale la pena de oír entera esta relación, que guarda lo tosco y virgen de la selva, perfumada de un candor angelical?

Esta fe que no, por tierna, deja de ser robusta, la vemos pintada con vivos y fuertes colores en casi todas las escenas de cautivos. Es digna de notarse la manera como describe, bien enjuiciando la conducta de los renegados, bien pintando las muy grandes luchas que debían sufrir los cautivos cristianos para conservar la fe, el aprecio y estima en que debemos tenerla.

Para no citar lo mucho y bueno a que aludimos, y que encontramos principalmente en las comedias *El trato de Argel*, *Los baños de Argel* y *La gran Sultana*, así como la prudencia y la fortaleza de *La española inglesa*, tomemos, por vía de ejemplo, las palabras que se cruzan entre padres e hijos, separados allá en el cautiverio por unos mercaderes que los han comprado:

HJO. — Pues me aparta el hado insano de vos, señor, ¿qué mandáis?

PADRE. — Sólo, hijo, que viváis como bueno y fiel cristiano.

MADRE. — Hijo, no las amenazas, no los gustos y regalos, no los azotes y palos, no los conciertos y trazas, no todo cuanto tesoro cubre el suelo, el cielo ha visto te mueva dejar a Cristo por seguir al pueblo moro.

HJO. — En mí se verá, si puedo, y mi buen Jesús me ayuda, cómo en mi alma no muda la fe, la promesa o miedo.

(Jornada II, *El trato de Argel*.)

Uno de los hijitos se ha dejado seducir en la jornada tercera (en *Los baños de Argel* los dos mueren mártires, a imitación de Justo y Pastor, recuerdo y reverencia a los Santos Patronos de Alcalá); lo cual hace exclamar a su hermano mayor Francisco:

¿Por qué conviertes en lloro mi contento, hermano mío?

¿Hay desventura igual en todo el suelo?
¿Qué red tiene el demonio aquí tendida con que estorba el camino de ir al cielo?
¡Oh, tierna edad! ¡Cuán presto eres vencida siendo en esta Sodoma requestada y con falsos regalos combatida!

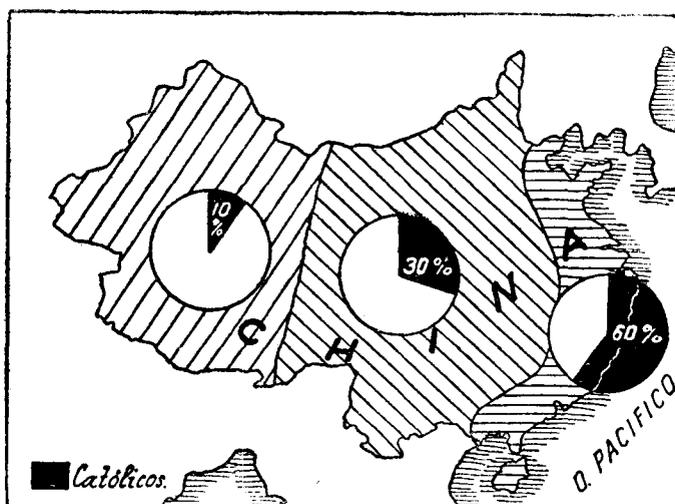
Las palabras que Cervantes pone a continuación por boca del bizarro y cristiano cautivo español Aurelio no son menos dignas de meditarse, y de jamás echarlas en el saco del olvido, en nuestras oraciones y limosnas, en todo lo que pueda ser útil a las misiones:

*¡Oh, cuán bien la limosna es empleada en rescatar muchachos, que en sus pechos no está la santa fe bien arraigada!
¡Oh, si de hoy más, en caridad deshechos se viesan los cristianos corazones, y fuesen en el dar no tan estrechos para sacar de grillos y prisiones al cristiano cautivo, especialmente a los niños de flacas intenciones!
Es esta santa obra así excelente, que en ella están todas las obras que a cuerpo y alma tocan juntamente.
Al que rescatas, de perdido cobras, reduces a su patria al peregrino, quítasle de mil y más zozobras: de hambre que le aflige de continuo, de la sed insufrible, y de consejos que procuran cerrarle el buen camino; de muchos y continuos aparejos que aquí el demonio tiende con que toma a muchos cristianos y aun a viejos.*

Cierto que aquí se refiera a cautivos cristianos; pero de haber oído Cervantes los clamores misioneros de hoy, no lo dudo, sería ante el DOMUND uno de los mejores pregoneros; nos inflamaria con la llamarada del fuego misionero ante tantos millones de seres que permanecen cautivos del error, de la herejía y de la infidelidad.

M. B.

Esta es la proporción de la penetración católica en China. Como indica el gráfico, la penetración es más intensa en la Zona próxima a la costa y va decreciendo a medida que avanza hacia el interior.



La fiesta de la Catolicidad

El «Domund» y la Festividad de Cristo Rey

Por disposición de Su Santidad el Papa Pío XI, según rescripto publicado en el mes de enero de 1927, el penúltimo domingo de octubre, «y como institución permanente», ha de ser día de oración y propaganda misional en todo el mundo. El citado rescripto aparecía, por lo tanto, aproximadamente, un año después de la memorable encíclica *Quas primas*, en la cual el Soberano Pontífice establecía la fiesta de Jesucristo Rey, «ordenando que se celebre en todas las partes de la tierra el último domingo de octubre, esto es, el domingo precedente a la fiesta de



Todos los Santos». ¿Quién no vislumbra entre ambas festividades una íntima y absoluta compenetración? Si la proclamación de la sublime realeza de Cristo lleva involucrada como secuela imprescindible para su efectividad, la conversión del mundo infiel para que aquella realeza de derecho se convierta en una realidad efectiva y consoladora, el Domingo Mundial de la Propagación de la Fe —el DOMUND— exigía posiblemente el reconocimiento público y universal por parte de la Iglesia, de la soberanía de Cristo sobre la Humanidad entera.

Esta trabazón substancial entre ambas festividades se nos aparece más claramente con sólo considerar la naturaleza del reino de Nuestro Señor Jesucristo.

En primer término, conviene tener presente, como advertía el Papa Pío XI en su citada encíclica, la necesidad de reivindicar «para Cristo Hombre, en el verdadero sentido de la palabra, el nombre y los poderes de Rey; en efecto, solamente en cuanto hombre se puede decir que ha recibido del Padre «la potestad y el honor del reino» (Dan., 7, 13-14), porque como Verbo de Dios, siendo de la misma sustancia del Padre, forzosamente debe tener de común con El lo que es propio de la Divinidad; y,

por consiguiente, tiene sobre todas las cosas creadas sumo y absolutísimo imperio». Ahora bien, el imperio de Jesucristo se extiende —como enseñaba S. S. León XIII en la encíclica *Annum Sacrum*— no sólo a los pueblos católicos, ni sólo a los que forman parte de la Iglesia, siquiera por derecho, aunque sus opiniones erróneas les hayan apartado del recto camino o la disensión les separe de la caridad, «sino que abraza también aun a cuantos no tienen parte en la fe cristiana; de tal suerte que, en realidad, *dentro de los dominios de Jesucristo se halla todo el género humano*». De ahí las palabras del Profeta: «Te daré las gentes en herencia y en posesión lo que abarcan los límites de la tierra» (Ps. II); o las del Apóstol, cuando dice: «A quien constituyó heredero de todas las cosas» (Hebr. I, 3).

¿Qué características tiene el reino de Cristo? Nos lo dice El mismo cuando, dirigiéndose a sus apóstoles, declara: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mat. XXVIII, 18). De tales palabras —concluye León XIII— se sigue «necesariamente que su imperio ha de ser supremo, absoluto, independiente, de tal manera que no haya otro igual, ni semejante; y habiéndosele dado en el cielo y en la tierra, deben obedecerle sumisos el cielo y la tierra».

Pero Nuestro Señor Jesucristo reina también por un derecho adquirido. Reina sobre todos los hombres porque con su sacratísima sangre, con su Pasión y Muerte en la Cruz, nos rescató a todos del pecado y de la muerte. Porque Cristo «se entregó a sí mismo para redimirnos a todos» (I Timoth., II, 6); porque a todos nos sacó «del poder de las tinieblas» (Coloss. I, 13); y como dice San Agustín: «Para comprarlo todo dió cuanto dió» (I Petr. II, 9).

Soberanía de derecho y soberanía de hecho

La razón de que incluso aquellos que no profesan la fe de Cristo estén sujetos a su imperio, la explica Santo Tomás, como recuerda León XIII en la misma encíclica: «Después de haberse preguntado si su potestad judicial es consecuencia de la potestad real, abiertamente concluye: *«Todas las cosas están sujetas a Cristo si se atiende a la potestad, aun cuando todavía no le están sujetas todas en cuanto a la ejecución del poder»* (Trac. 120 in Ioann.). Este poder e imperio le ejerce Cristo en los hombres por medio de la verdad, de la justicia y muy principalmente de la caridad».

Por tanto, la fiesta de Jesucristo Rey es la proclamación del poder y dominio de Cristo; de su potestad suprema, sobre todos los hombres. La festividad del DOMUND, estrechamente unida a la anterior, significa la necesidad apremiante de que esta potestad se ejerza *de hecho* sobre todas las gentes. Por eso en ese día cobra firmísima actualidad la Consagración al Corazón de Jesús dictada por León XIII, ya que la misma ha de aprovechar —dice el propio Papa en la *Annum Sacrum*— incluso a los «desgraciados que son atormentados por la ciega superstición», cuando se pide el celestial auxilio, «para que Jesucristo, así como ya los tiene sometidos según la potestad, los someta alguna vez según la ejecución de la misma potestad, y no sólo «en el futuro siglo cuando se cumplirá su voluntad, respecto de todos, salvando a unos y condenando a otros» (Santo Tomás, I, c.), sino también en esta vida mortal, concediendo la fe y la santidad, con cuyas virtudes ellos puedan honrar a Dios, como es justo, y caminar a la eterna felicidad en el cielo».

A través de tales palabras adquieren inusitado relieve

las escritas por S. S. Pío XI en la Consagración al Sagrado Corazón de Jesús: «*Sé Rey de todos los que están todavía sumidos en las tinieblas de la idolatría o del islamismo y no rehuses llamarlos a todos a la luz de tu Reino*».

¿Se comprende así mejor la trascendental importancia de las Misiones? ¿No alcanza su verdadero sentido el Domingo Mundial de la Propagación de la Fe, contemplado a través de la divina realeza de Cristo que aspira a reinar sobre todos y cada uno de los corazones, y sobre la sociedad entera?

¡Con cuánta razón Pío XI, recordando la divisa estampada en su primera encíclica, subrayaba en la *Quadragesimo anno* su confianza de que de la difusión por el mundo del espíritu evangélico, «que es espíritu de moderación cristiana y caridad universal», saldría «la tan deseada total restauración en Cristo de la sociedad humana» y la «Paz de Cristo en el Reino de Cristo»! Por ello, destacaba que en la consecución de esa suprema finalidad, colaboraban los que «por mandato del Espíritu Santo regis con Nos la Iglesia de Dios», en todas las partes de la tierra, «aun —añadía— en las regiones de las sagradas Misiones entre infieles».

Grandiosa obra, por tanto, la de las Misiones, a la cual la Iglesia invita a colaborar a todos los fieles. Con lógica conclusión, el Cardenal Van Rossum calificaba el Domingo Mundial de la Propagación de la Fe de «gran día de la Catolicidad, porque la Iglesia es Madre de todos a través de todos los tiempos y en todos los países hasta el último confín del mundo». Día de la Catolicidad, que prepara la celebración de la festividad —en el domingo siguiente— del reinado de derecho de Nuestro Señor Jesucristo, Rey universal, sobre todo el orbe. Reinado de derecho que ha de ser algún día aceptado libremente por todos los pueblos, según lo expresaba Pío XI en la encíclica *Misericordissimus* al explicar que, con la institución de la fiesta de Cristo Rey, completando y perfeccionando la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús realizada por León XIII, no sólo declaraba el sumo imperio de Jesucristo sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica y sobre cada uno de los hombres, sino que también —escribe— «presentiamos el júbilo de aquel fastuosísimo día en que el mundo entero, espontáneamente y de buen grado, aceptará la dominación suavísima de Cristo Rey».

Día de oración y propaganda

A lograr tan espléndida finalidad se encaminan las tareas de la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe, y para coadyuvar a la misma, instituyó el Romano Pontífice, el «día de oración y propaganda misional» del DOMUND.

La seguridad en la realización práctica de tan noble y elevado ideal, habría de ser para todos los católicos el más formidable acicate para colaborar, según las posibilidades de cada uno, en el mayor éxito del Domingo Mundial de la Propagación de la Fe; sobre todo si recordásemos efectivamente que la Paz de Cristo, es decir, la única y verdadera paz, solamente podrá tener realidad en el Reino de Cristo, por lo cual nuestras oraciones y nuestros sacrificios en favor de las Misiones han de servir al mismo tiempo para acelerar la plasmación en este mundo de aquella paz.

«Si el reino de Dios —ha dicho Pío XI en la encíclica *Quas primas*—, como de derecho abraza a todos los hombres, así de hecho los abraza verdaderamente, ¿por qué habríamos de desesperar de aquella paz que el Rey pacífico traía a la tierra, como Rey que vino "para reconciliar todas las cosas" (Colos., 1, 20), "y no para hacerse servir, sino para servir a los demás" (Mt., 20, 28), y que aun siendo Señor de todos, se ha hecho ejemplo de humildad e inculcó principalmente esta virtud, juntamente con la cari-

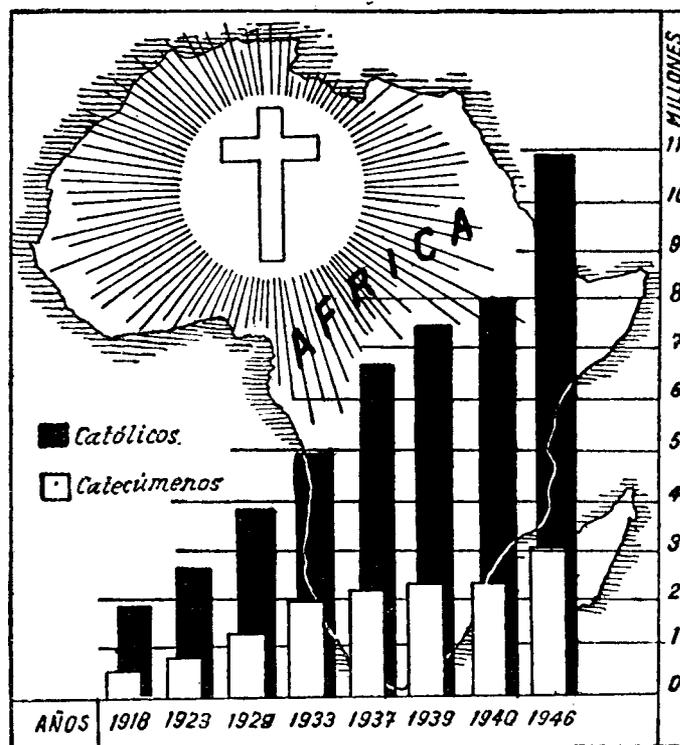
dad, diciendo: "Mi yugo es suave, y mi carga, ligera"» (Mat., 11, 30).»

Movidos esencialmente por ese impulso, todos, sin distinción, hemos de ser adelantados en la magnífica labor a que nos llama la Iglesia. Como escribía el Cardenal Van Rossum, «nadie debe permanecer ocioso; antes por el contrario, todos deben ser operarios de la primera hora... Porque de la más grande obra de fe y de civilización nadie debe estar ausente, seguros de que ningún trabajo será tan generosamente retribuido como este que tiene por fin llevar al Reino de Cristo todas las almas redimidas con su sangre».

Basta lo anteriormente dicho para que nos demos cuenta de nuestra responsabilidad y de la importancia de nuestra cooperación a la tarea misional de la Iglesia de Cristo. Si comprendemos el sentido de la realeza de Nuestro Señor Jesucristo, si somos devotos de su Sagrado Corazón, si queremos ser hijos amantes de su esposa, nuestra Santa Madre la Iglesia, si entendemos el sentido de la Catolicidad y de la Apostolicidad, que constituyen dos de sus atributos substanciales, no regatearemos, y menos negaremos, en el próximo Domingo Mundial de la Propagación de la Fe, nuestras oraciones y nuestras limosnas para esa Obra; antes por el contrario, procuraremos que a la misma afluyan las inscripciones de nuestros familiares y amigos.

Si los católicos todos sintiesen con la Iglesia la trascendencia de la obra misional en orden a la realización total y efectiva del Reino de Cristo, quizás no estaría muy lejos aquella era de paz cristiana, descrita en la *Annum Sacrum* por S. S. León XIII: «Entonces, por fin, nos será posible cicatrizar tantas heridas, entonces el derecho en todas sus manifestaciones reverdecerá con esperanza de obtener su primitiva autoridad, y retornarán los ornamentos de la paz, y los hombres dejarán caer las espadas y soltarán de sus manos las armas, cuando sea un hecho que todos se sometan al imperio de Cristo y gustosos le obedezcan, y "toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre" (Phil., II, 11)».

José-Oriol Cuffl Canadell



Se puede decir que la conquista de Africa para Cristo data de nuestros días. A primeros de siglo casi no había católicos en el Continente negro. Hoy se acerca a once millones el número de católicos. En Africa hay ya tres Obispos negros y más de 300 sacerdotes indígenas

Maria, Salus Infirmorum, Ora pro nobis

Coronación canónica de Nuestra Señora de la Salud, en Sabadell

El próximo día 19 de octubre tiene lugar en la industriosa ciudad del Vallés la coronación canónica de su excelsa Patrona y Protectora, Nuestra Señora de la Salud. En estos tiempos de desenfadado materialismo, en que los valores espirituales son repetidamente postergados y olvidados, es confortador y estimulante a la vez, signo de fina solera tradicional, constatar que la populosa Sabadell, emporio de riquezas, urbe tensa de fiebre creadora, colmena laboriosa y fabril, es capaz también de cultivar, desarrollándola espléndidamente, la flor de la más delicada espiritualidad en síntesis afortunada e infrecuente: su devoción a su Patrona y Protectora, Nuestra Señora de la Salud.

Se halla el real Santuario en la «serra de Sant Iscle», que domina la ciudad, y muy próximo a las ruinas de la primitiva ermita de San Acisclo (Sant Iscle, en catalán).

Haciendo sucinta reseña histórica, hallamos escasas las noticias que con anterioridad al siglo xv se tienen de la ermita de San Acisclo y Santa Victoria. El historiador Villanueva, en su obra *Viaje literario a las iglesias de España*, afirma, refiriéndose a Montserrat, que existen dos escrituras de dotación, una del conde Sunyer, de Barcelona, y otra del rey Lotario, en el año 982, confirmando otras escrituras anteriores, una de Jorge, Obispo de Vich, y otra, más remota, de Wifredo I, donando al Real Monasterio de Santa María de Ripoll las iglesias y ermitas situadas en la montaña de Montserrat y sus estribaciones, y se citan Santa Cecilia, Santa María, *San Acisclo*, San Pedro y San Martín. De confirmarse tal aseveración, quedaría probado el remotísimo origen de la ermita. Existen en su proximidad res-

tos de vetustas construcciones romanas, probablemente conducciones de agua y antigua calzada, como dice el *Cántic*:

*«Des del serrat, bressol de nostra història,
on féu hostel de Roma el vell camí,
amb palma d'or els Sants Iscle i Victòria
de Sabadell vetllaven el destí.»*

Coincide en ello con el próximo monasterio de San Cugat del Vallés, edificado en el lugar llamado «Octavianum», de venerable tradición romana, aunque la fecha de dotación del mismo es seguramente anterior a la de la ermita. Responden ambos, con todo, al mismo movimiento fundacional románico que, jalonando la reconquista catalano-pirenaica, se extiende cual estela petrificada, expresión perenne de una fe rústica y sencilla, por toda la Cataluña, honrándola con su incalculable valor espiritual y arqueológico. Es lamentable que la obra destructora del tiempo, unida a la incuria y deplorables transformaciones que ha sufrido por la mano del hombre, especialmente en este último siglo, han desfigurado casi totalmente la faz de tan nobles ruinas.

A partir del siglo xv podemos seguir paso a paso las incidencias y avatares históricos que sufrió la ermita en su primitiva existencia, pues constan en el libro del *Clavari*, del Consejo de la Villa. En dicho siglo tenemos noticias del primer ermitaño, Romeu Sa Franquesa; se constituyen administradores de la ermita, se previene al sustento del ermitaño y conservación del edificio, tomando varias tierras para que le sirvieran de base económica. Se autoriza al ermitaño a pasar la bacina en la Misa mayor de la Parroquia, destinando el producto de la colecta al sostenimiento de la ermita. De principios de este siglo hay constancia ya de que se realizaban frecuentes procesiones y romerías a la ermita, aunque no con el carácter regular que tomaron más tarde.

Pasan los años. Corre el de 1557, y negras nubes se acumulan y entenebrecen la riente «plana» del Vallés. Hace la peste su trágica aparición, a pesar de las medidas de precaución adoptadas, e irrumpe en la Villa, sembrando por doquier la muerte y la desolación al extenderse cual siniestra mancha. La ermita de San Acisclo es convertida en «morberia», o sea lazareto para los atacados del morbo o apestados. Así, por una triste circunstancia, empieza la misteriosa relación que la Divina Providencia quiso establecer en dicho lugar entre el mal y su providencial remedio, y que más tarde había de manifestarse gloriosamente con el descubrimiento de la Venerada Imagen de Nuestra Señora de la Salud.

Pero la prueba más terrible esperaba a Sabadell aproximadamente un siglo más tarde. El invierno de 1651 señala la aparición de la funesta plaga en la ciudad, causando centenares de muertes, hasta el punto de no poder proceder a la elección de «Concellers» y prohombres del Consejo de la Villa por haber fallecido por el contagio los insaculados para la elección; así consta, con su trágica elocuencia, en una escueta nota del «llibre de la Comunitat». La ermita de San Acisclo, convertida nuevamente en hospital de morbosos, desborda de enfermos; nos dice Mosèn Vilarrubias: «Es va instal·lar la morberia o hospital d'empestats també a Sant Iscle, ordenant-se que els quim allà morien, fossin sepultats en el lloch de darrera l'absis de la capella, destinat a cementiri. Y tan increment prengué la malaltia, que es féu impossible encabir més malalts a



l'ermita. A consecuencia es tiraren a terra els enbans i fins la sagristia s'havia utilitzat per sala de morberia.» Y ello a pesar de que a principios del siglo XVII se habían llevado a cabo continuas reformas y ampliaciones como si los prohombres de la Villa previeran ya el triste fin a que habían de destinarla sus sucesores.

Pasado el angustioso trance, alejada la peste, la vida ciudadana vuelve a renacer, a pesar de algunos amagos de contagio en años posteriores, sin que afortunadamente llegara a reproducirse, y la ermita vuelve a su agreste soledad, interrumpida sólo por las visitas de los piadosos y agradecidos romeros.

Fué en estos años de paz de la segunda mitad del siglo XVII, sin que se haya logrado precisar exactamente la fecha, en que, dirigiéndose como de costumbre a por agua a la algo apartada fuente de Canyameres, cercana a la riera, pues la del pozo de la ermita no reunía las adecuadas condiciones de potabilidad, un buen ermitaño descubrió con gozosa emoción una pequeña imagen de la Santísima Virgen con el Divino Niño en brazos. Ignoramos el nombre del santo varón al que Dios quiso otorgar tal dicha; la Divina Providencia parece haber querido conservarle en el anónimo para subrayar el carácter sobrenatural del hallazgo y hacer extensivo a los santos anacoretas que le precedieron el mérito de unas vidas entregadas a Su servicio.

Oculto la imagen entre las breñas que rodean la fuente, tomó ésta desde entonces el nombre de fuente de la Salud, y la devota piedad de los sabadellenses le atribuye virtudes salutaras:

*«Font de l'Aigua de la Vida
que dalegen els malalts.
Rosa Mística investida
de virtuts medicinals.
Per a tota malaltia,
implorem el vostre ajut.
Escolteu Santa Maria,
de la font de la Salut»*,

como cantan los «Goigs». Trasladada que fué la imagen a la ermita, permaneció años y años venerada por los hijos de la Villa y de toda la comarca.

La devoción Mariana de Sabadell, repetidamente probada, bien merecía un Santuario propio, donde venerar a su Patrona y Protectora en las dolorosas pruebas por las que había pasado, con el glorioso título de Virgen de la Salud. Se celebró un grandioso «Aplench» con gran éxito popular en 1696; en la memoria de todos los sabadellenses estaba la intercesión de Nuestra Señora en los aciagos días de la epidemia y henchía sus corazones noble agradecimiento y filial devoción. En vista de ello, los «Consellers» de la Villa tomaron, interpretando el sentir de todos, de establecer que «la festa de Nostra Senyora de la Salut de Sant Iscle, sia feta lo segon diumenge de maig. Y la processó sia feta dit dia». Efectivamente, así se hizo. A partir de la primera, celebrada solemnísimamente, fué creciendo cada año la afluencia de fervorosos romeros que acudían a las plantas de Nuestra Señora a impetrar su misericordia y pedirle la salud de alma y cuerpo.

Nuevas y repetidas ocasiones de experimentar palpablemente la reiterada protección de su Patrona tuvieron los habitantes de la industriosa ciudad en años posteriores, en que epidemias del cólera, de la viruela y del tifus azotaron a la población o la amenazaron gravemente. En toda ocasión, se mostró propicia a las imploraciones de sus hijos, y son varias las barriadas de Sabadell que cumplen exvotos, subiendo en piadosa romería, en acción de gracias por haber sido libradas del contagio. En dos ocasiones fué trasladada la imagen Santa a la iglesia arciprestal de San Félix para estar más cerca de sus angustiados hijos en momentos de epidemia.

La piadosa devoción y fervorosa gratitud de los sabade-



lenses les llevó a edificar para su Patrona un digno y suntuoso templo que substituyese la forzosa humildad y modestia de la vieja ermita. Iniciadas las obras en 29 de junio de 1876, en la misma cumbre de la sierra, y estando casi terminada en enero de 1879, se derrumbó. No se dejó por ello desalentar el fervoroso empeño de los sabadellenses, y emprendida la construcción del actual bajo la dirección del arquitecto Pascual, autor, asimismo, de los planos, fué inaugurado como Real Santuario en 23 de abril de 1882. La suntuosidad, la riqueza y el gusto brillan en él por un igual. La piadosa generosidad de los hijos de la Villa se ha volcado sobre él espléndidamente y es con legítimo orgullo que pueden decir que no falta nada al decoro y dignidad del Santuario, aunque es de sentir que, como ya hemos dicho, se haya descuidado la conservación de la primitiva ermita.

No podemos aquí dejar de hablar de un preclaro hijo de Sabadell y al que CRISTIANDAD se considera muy unida espiritualmente, que se distinguió por su amor a la Virgen de la Salud. Nos referimos al Dr. Félix Sardá y Salvany, de inclita memoria; hombre enterizo, de una pieza, que hizo resonar las viriles estrofas de «Firme la voz, serena la mirada» en las paredes del Vaticano, cantadas por voces españolas, mientras fuera rugía la tempestad de la revolución garibaldina. Escritor de recio cuño, supo, con su obra *El liberalismo es pecado*, enfrentarse con las deletéreas doctrinas del liberalismo moderno, que tantos estragos ha causado, incluso en muchas conciencias católicas. El, en forma rotunda y definitiva, supo fijar los términos de la cuestión y, siguiendo los pasos de otro gran pensador católico y español, Donoso Cortés, trazar la infranqueable línea divisoria que separa el liberalismo de las doctrinas de la Iglesia. Como buen sabadellense, era devotísimo de Nuestra Señora de la Salud, y el mismo año de la inauguración del Real Santuario, instauró, con la Juventud Católica de

COLABORACIÓN

Sabadell, una fiesta religiosa el lunes del «aplech» con la celebración de una misa matinal.

Están de enhorabuena los sabadellenses. Por voluntad de Su Santidad Pío XII ha sido fijada la fecha del 19 de este mes para la celebración de la ceremonia de la coronación canónica de su Excelsa Patrona, refrendando solemnemente una viejísima y tradicional devoción, que iniciada por remotos antepasados ha sido fielmente continuada y aun superada por los actuales descendientes.

No nos queda más que congratularnos con los hijos de la laboriosa Villa en esta gozosa ocasión y desearles, pidiéndoselo a la Santísima Virgen, que sea una realidad lo del *Cántic*:

*«Emperatriu de la Ciutat Joiosa!
de Sabadell siau escut fidel;
rusc de treball, feu-la en virtuts flairosa;
sigui un espill de la Ciutat del Cel.»*

LA DESNATURALIZACIÓN DE ESPAÑA POR LA DEFORMACIÓN HISTÓRICA

I

LA HISTORIA

Utilizada la historia a fines de escuela, sufrió durante el siglo XIX la influencia de los vaivenes políticos y nacionales en los distintos estados europeos, según las ideas imperantes en las Universidades o en las Academias. Así podemos ver cómo el nacionalismo alemán ha sido difundido por el historiador Treischke y que en Alemania, fueran cuales fueran las tendencias, tendían todas las escuelas filosóficas en la historia a apoyarse en el germanismo, germanismo que podía decirse comenzaba en Fichte y su «Discurso a la nación alemana», y que venía todavía a repercutir en la superación pangermánica de Spengler. En Francia, en cambio, el universalismo revolucionario se entregaba a las corrientes poético-históricas de Julio Michelet y, ensalzando el terror de la revolución francesa, entraba en la sensiblería humanitaria de la que no se desprende el moderno Lavisse, que venía a resumirse en la mística humanitarista y masónica del «Francia, Cristo de las naciones» de Edgardo Quinet.

Y así se dió en toda Europa una tendencia en la exposición histórica que tendía a escuela o a política en general con determinadas orientaciones a servir intereses de partido o intereses de nación. Sólo que habiendo encontrado grandes historiadores, fué elevado el plano en que se desarrollaban a grandes concepciones: Mackaulay eleva el utilitarismo inglés a la belleza de cuadros pictóricos que subyugan; Michelet, como Enrique Martin, transforman la historia de Francia en poemas donde, si es verdad que sufre la veracidad histórica, en cambio los acreditan de narradores llenos de fuego en pro de su liberalismo; y los alemanes extienden su pangermanismo a todas las esferas de la erudición histórica y hasta Momsem recoge sus ecos al estudiar el pueblo romano. En Italia, donde fracasó el designio católico tradicionalista de César Cantú, la historia no tendía más que a expresar la idea de unidad de los italianos.

Es, por consiguiente, interesante ver lo que fué en historia el siglo XIX español, y se constata desde el primer momento que España no tuvo en todo el siglo un solo historiador de la categoría de los que hemos citado, y, en cambio, que aquella exaltación de patriotismo que notamos en franceses, a través de su revolucionismo; en los alemanes, por el cauce de su orgullo racial; de los ingleses, tendiendo a justificar su expansión económica, y de los italianos, en busca de la Italia unida, no se halla en España por cuanto nuestra historia no sólo no tuvo un designio de patriotismo, sino que, muy al contrario, fué restando energía en el amor a la Patria haciéndose vehículo de leyendas y falsedades, que al fin consiguieron el fin propuesto, es decir, desnaturalizar el carácter del

pueblo español, crear una historia deformada y ahogar todo espíritu de patriotismo.

Es un fenómeno del siglo XIX, que aquel tercer estado del que decía Sieyès que debía serlo todo cuando pedía ante los Estados Generales franceses, ser algo, irrumpió en la vida pública de Europa, para conquistar el Estado. Primero fué insinuante, conservando una tendencia simplista que en las figuras imaginarias de John Bull, de Joseph Prudhomme y Jerome Paturot, hicieron las delicias de nuestros abuelos, con tipos que nos hacen comprender cómo se fué extendiendo la influencia de lo que se llama burguesía, para darle un nombre, con todas sus simplicidades, infantilismos y ambiciones; encarnación del liberalismo bobalicón que debían agudizar las armas que más tarde pasarían a sus enemigos de las clases llamadas proletarias. Pero esos elementos que venían a desplazar las clases hasta entonces dominantes y que llegaron pronto a sustituir la nobleza de la sangre, nobleza guerrera, al servicio del Estado, por la nobleza del dinero, nobleza de mercaderes, sirviéndose del Estado, pugnaron para labrarse una cultura, una cultura a su medida, una cultura que sirviera sus intereses. Como que se extendía ya la revolución hasta las letras y las artes, por medio del romanticismo —revuelta del sentimiento particular sobre el orden colectivo, revuelta de la palabra, del colorido, sobre la idea y el concepto arquitectónico del orden—, fué aliciente importante, casi decisivo en este designio, el adquirir cultura, rindiendo pleitesía al romanticismo entonces naciente, pero pronto desarrollado. Pero el romanticismo tenía una faceta muy particular: claustros abandonados, catedrales góticas, leyendas medievales, relatos de aventuras históricas..., es decir, lo que se apoyaba en cierto culto al pasado, fácil al cultivo de imaginación exaltada, y para ello, y mejor dicho, por ello, se divulgó la lectura de la historia.

Una comparación en el catálogo de una biblioteca del médico, abogado, ingeniero o comerciante, «hombre de la calle» de ayer, y el mismo profesional, «hombre medio» de hoy, muestra una diferencia cultural, desfavorable para el último. Más rico éste en la especialización, es más pobre, sin embargo, en universalidad. Y esta universalidad que había adquirido el primero, fué servida con amplitud por los escritores del siglo pasado, mientras que el conato de universalidad en el presente, es servido por los fotograbadores de hoy.

Así se explica cómo fueron corrientes las ediciones de obras extensas donde el grabado —bellos grabados, hoy rebuscados por los especialistas, que tenían la ingenuidad y personalidad de sus autores— era lo de menos, y lo que

abundaba, lo que se buscaba, lo que se valorizaba era el texto escrito. Así se explica también cómo fué la lectura histórica, abundante en la época y abundante en las bibliotecas, una de las disciplinas que servían de recreo. Como consecuencia, se dieron cuenta los liberales de que era en la historia y por la historia como debía cambiarse, adulterarse y atrofiarse el sentido de la verdad a sus fines y designios. Pero mientras que en Francia un Michelet, en sus poemas en prosa, exaltaba la revolución tanto por ser revolución como por ser francesa; mientras que en el caso de Momsen, describiendo el Imperio romano, en Alemania, lo hacía pensando y preparando el pangermanismo, en España, sirviendo al liberalismo, se falseó el carácter nacional de nuestra historia, y las leyendas, las deformaciones, sin tener espíritu nacional, se convirtieron en antinacionales. Mientras que en Francia, al obscurecer y deformar la historia de la Monarquía, al mismo tiempo se exaltaba la Revolución y el Imperio y se sustituía un nacionalismo por otro nacionalismo, en España, al abandonar la verdad histórica, lo podaban del patriotismo, y se arrancaba de las mentes de las gentes, no sólo de las estudiosas, sino de las meramente curiosas, con la verdad sobre el pasado, la razón de su amor a la patria en el presente. Y como que aquí no florecía ningún gran historiador, iban los cultivadores de la historia en busca de los textos de extranjeros, y tomaban carta de naturaleza como autoridades históricas autores que en sus países de origen no gozaban de consideración alguna.

(Si no fuera que sería obra larga y pesada, se podría apoyar esta afirmación con centenares de ejemplos. Vea

el lector curioso, por ejemplo, en Lafuente las citas con que se autoriza en el reinado de Carlos II; estudie cuáles son las aportaciones que considera fidedignas Eduardo Chao al tratar de las abdicaciones de Bayona, y recorra el «Bosquejo de la política de España» de Martínez de la Rosa, donde a la candidez de la filosofía histórica se le une la casi sola aportación de «autoridades» tales como el inglés Coke y del francés Weiss, tan utilizadas en aquellos tiempos... y que dieron la pauta a los más recientes.)

Pero si no hubo historiadores dignos de esta fama, en cambio hubo inteligencia en la manera de obrar: demasiado áspero Masdeu para aquellos que se iniciaban en la lectura de la historia, no creyeron prudente recurrir a él, cuyo supercriticismo hasta les servía de base para presentarse como rectificadores de la verdad histórica, a la par que defensores del patriotismo. De tal forma les era fácil engañar a los que no estaban preparados y difundir la ponzoña liberal sin que se dieran cuenta para ello los espíritus vigilantes que sentían todavía recelos contra el liberalismo.

Y con aquella suavidad que les aseguraba el éxito, por distintos caminos fueron infiltrando todo el veneno de la interpretación liberal de la historia de España, con sus adulteraciones, falsificaciones, interpolaciones y mentiras que destruyeron uno a uno los elementos de resistencia de nuestro pueblo en este orden, y cuyas consecuencias fueron tan patentes que hoy todavía podemos ir constatóndolas en los escritores de historia contemporánea.

Melchor Ferrer

(Continuará)

La conspiración comunista

IV. - UN DESAFIO A MIKE QUILL

Joseph Curran, Presidente de la Unión Marítima Nacional, de los Estados Unidos, colaboraba antes con los comunistas. En la actualidad se ha distanciado de los rojos, y en la publicación *The Pilot*, órgano de la organización mencionada, en el número correspondiente a marzo 28, el mismo Curran revela algunos hechos que pintan al vivo las tácticas que los comunistas emplean para preponderar.

«En el sindicato marítimo — escribe — son comunistas aproximadamente 107 de los 150 jefes en funciones de la asociación, y, por cierto, esos jefes están más interesados en someter el sindicato al partido comunista que en trabajar para que sea un instrumento al servicio de la causa de los obreros adherentes que lo crearon.»

Se trata, pues, de una representación predominante en las oficinas directivas del sindicato. Más de un 70 por 100 de los cargos ejecutivos están en manos de comunistas..., pero ¿cuál es el porcentaje comunista en las filas del sindicato? Curran responde en *The Pilot*: «Tan sólo son quinientos los comunistas que forman parte de nuestra asociación... una asociación que cuenta con un total que oscila entre setenta y ochenta mil miembros, masa de obreros marítimos que nada tiene de comunista.»

La cola que mueve al perro

Tan sencillo ejemplo ilustra con claridad meridiana los resultados que obtienen con sus tácticas los comunistas. Menos de un 1 por 100 controla el 70 por 100 de los cargos directivos de un sindicato. En este caso puede decirse que es la cola que mueve al perro. Mas, lo que primordial-

mente interesa es la explicación del «porqué» de tan inconcebible situación. Al respecto sólo cabe responder que la clave del hecho está en la táctica sistemática de engaños que emplean para sus fines los comunistas. No extraña, consiguientemente, que Pio XI se haya valido de tantos sinónimos para estigmatizar «las argucias insidiosas» que caracterizan la manera de proceder de los comunistas.

También, cuando se trata de luchar contra el catolicismo, los comunistas emplean «insidias multiformes» en los esfuerzos que hacen para socavar los cimientos de la Iglesia y para sembrar la confusión en las filas de los católicos.

Es cosa bien sabida que los comunistas no son los únicos que en la vida política luchan contra la Iglesia. Desgraciadamente, los social-demócratas luchan también en el mismo campo. En la *Quadragesimo Anno*, Pio XI nos advierte la imposibilidad de «reconciliar» cualquier forma del socialismo con las enseñanzas de la Iglesia. En Italia, el voto contra la Iglesia de los social-demócratas ha confirmado nuevamente las palabras del Pontífice. Lo que hace que las prácticas comunistas sean especialmente venenosas en su lucha contra la Iglesia no sólo consiste en la violencia de las mismas, sino, también, en el engaño que las acompaña.

Los métodos insidiosos

Son dos los métodos con que el comunismo lleva a cabo su labor insidiosa contra la Iglesia. Uno de ellos consiste en infiltrar comunistas en los círculos católicos con el ob-

DE ACTUALIDAD

jeto de desorientar aún a personas honradas, para inducir las luego a que sirvan a los planes de Moscú. Pío XI escribió: «Ellos intentan introducirse pérfidamente en las organizaciones que por profesión son católicas y religiosas.» Con frecuencia los comunistas logran ese objetivo, haciendo que ciertos católicos miopes se conviertan en «camaradas» solapados y que, sin dejar de ser católicos nominales, difundan ventajosamente, en el ambiente en que esos católicos se mueven, ideas que favorecen al comunismo.

Por razón de las estratagemas de los rojos — que tuve ocasión de conocer a fondo cuando yo era miembro del Comité Nacional del Partido Comunista de los Estados Unidos —, es deber imprescindible de todos aquellos católicos que actúan en la vida pública, el definirse con toda claridad y en forma tal que, sin lugar a dudas de ninguna especie, se sepa abiertamente que no es posible que ellos estén sirviendo a las solapadas maquinaciones de los comunistas. Nadie — de quien se sospeche que tenga simpatías procomunistas — puede escurrir sus actitudes con frases como ésta: «Yo no soy comunista, pero creo que todo hombre tiene el derecho a poseer las propias convicciones personales.» No es esto lo que se discute, sino la existencia de una quinta columna que se vale del fraude y del timo para lograr los propios objetivos. Es obligación de todo católico que actúa en la vida pública, y de quien se haya sospechado que tiene vinculaciones procomunistas, aclarar con franqueza y con amplitud la propia posición ante la conspiración comunista.

Infiltración en los círculos católicos

Durante mucho tiempo ha funcionado en el partido comunista un comité especial constituido para procurar y sostener la infiltración roja en los círculos católicos. Por esta razón es particularmente necesario que ciertas personalidades públicas que se dicen católicas formulen apodícticas declaraciones que prueben que ellas son anticomunistas.

En la ciudad de Nueva York, por ejemplo, Michael J. Quill actúa como líder del Sindicato de Trabajadores del Transporte, cuyos miembros, en su mayoría, son irlandeses y católicos. Al referirse a ese sindicato, los comunistas suelen decir, en son de burla, que Quill hace lo que quiere con los irlandeses, a quienes «tiene cogidos de las narices». Quill jamás se ha desviado de la línea del partido y en la hora actual, ante las consignas que se dan a los comunistas por medio del *New Times* y del *Political Affairs*, en el sentido de que ha sonado la hora de atacar a la Iglesia, Quill se ha pronunciado en Boston, con palabras enconadas, en contra de la religión que pretende profesar. Ataca «la política obrera de la Iglesia», olvidándose que nada hubiera podido hacer en el campo social en que se mueve si le hubiesen faltado las encíclicas pontificias, primordialmente la *Rerum Novarum* de León XIII.

Mike Quill sabe muy bien que a mí me consta cuál es su verdadera filiación política. El sabe que no miento cuando digo que juntos hemos participado en reuniones del Comité Nacional Comunista. El sabe que es verdad que, codo a codo, votamos en cierta ocasión por la creación de un comité de control del partido. No es posible que haya olvidado que en un viaje desde Filadelfia, viaje que se prolongó muchas horas hace dos años, él me habló extensamente de su filiación católica y de su incondicional adhesión a la línea comunista.

No traigo a cuenta estas cosas para provocar discusiones en torno de ellas. No vale la pena hablar de pormenores penosos que pertenecen al pasado. Pero lo que sí tiene importancia vital es que Quill debe pronunciarse abierta-

mente en favor de las encíclicas pontificias y en contra del comunismo, definiendo su actitud no sólo con palabras.

Que hablen los hechos

He aquí algunas de las cosas que, por ejemplo, conveniría que Quill hiciese para justificarse ante los católicos; debería denunciar el encarcelamiento del Arzobispo Stepinac y condenar el régimen de Tito, que persigue al Metropolitano de Zagreb tan sólo porque éste escribió una pastoral en defensa de la educación católica; debería pronunciarse contra las elecciones en Polonia, hechas a punta de bayoneta, y contra el terrorismo en Rumania, comparable a los peores atropellos perpetrados por Hitler; debería salir públicamente a la palestra en defensa de las encíclicas sobre el comunismo ateo y, específicamente, en favor de las palabras con que Pío XI declara que el comunismo es intrínsecamente perverso, y que nadie que se proponga salvar la civilización cristiana puede colaborar con ninguna de las obras del comunismo.

Yo desafío a Quill a que tome la actitud que como católico le corresponde, y LE insto a que proponga al Sindicato de Trabajadores del Transporte que inicie inmediatamente una acción francamente anticomunista.

El líder del Sindicato de Trabajadores del Transporte no es la única persona contra quien se puede lanzar un desafío como el que acabo de formular. Como él hay otros muchos a quienes debiera EXIGIRSELES que definan su actitud frente al comunismo. Pero Quill sobresale conspicuamente por su constante actuación en perfecta armonía con la línea trazada por el partido comunista. Urge, en consecuencia, que Quill determine cuál habrá de ser el campo definitivo en que él se propone actuar de ahora en adelante.

¿Acaso son más urgentes que antes estas definiciones? No obstante que los católicos no acaben de darse cuenta de la realidad, es un hecho que Moscú ya ha desencadenado sus más letales gases en contra de la Iglesia. El nuevo ataque del Kremlin está dirigido especialmente contra la Iglesia Católica en las Américas. El 24 de enero de este año, el *New Times* (la publicación que imparte consignas a los comunistas) lanzó improperios virulentos contra la jerarquía católica de los Estados Unidos, especialmente contra el Cardenal Spellman. Al concluir su artículo, el *New Times* reitera con tono de *ganster* su amenaza contra los jefes católicos: «No reconocemos ninguna inmunidad a los príncipes de la Iglesia.»

Propósitos de persecución

Quienes ayudan al comunismo o al partido comunista de hecho ayudan al propósito de desencadenar una persecución contra la Iglesia. Esta es la razón por la cual Mike Quill debe definirse categóricamente.

Otra estratagema insidiosa de que se valen los comunistas para engañar a los católicos (aunque no siempre con éxito) es la falsa aseveración de los rojos de que ellos se proponen respetar el derecho de los católicos «a practicar su religión». Esta es una de las más diabólicas argucias que los rojos tienen el descaro de sostener. Con melosidades hipócritas pretenden seducir a los obreros católicos para luego proceder a minar sus creencias religiosas y para encaminarlos por fin, poco a poco, hacia el régimen de esclavitud que se oculta en el Estado soviético. La actual campaña contra la Iglesia, provocada por el *New Times* y agitada por los comunistas de todo el mundo, tiene solamente un objetivo: la destrucción del catolicismo.

Todos aquellos que están al corriente de los planes que se fraguan en los conventículos comunistas saben de sobra que la consigna ya está lanzada: ¡Acabar con la Iglesia Católica!

Luis F. Budenz

CON CENSURA ECLESIASTICA

MISION

REVISTA DE ACTUALIDAD MUNDIAL

MADRID

Fincas Vicente

COMPRA Y VENTA

Terrenos industriales
en San Andrés, pie esta-
ción FF. CC. y carretera

URBANAS

RUSTICAS

INDUSTRIALES

DESPACHO:

Paseo Fabra y Puig, 144

Rambla Estudios, 6, 4.º, 2.º

Teléfono 21082

BARCELONA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 70'00 ptas.

• Semestral . 35'00 „

Trimestral . 18'00 „

Número ordinario, **3'50** pesetas

Encuadernación . 25 ptas.

Tapas sueltas . . 20 >

LECTOR:

Varios Padres Misioneros
españoles, que en las
lejanas tierras de la India
han conocido nuestra
Revista, son grandes entu-
siasistas de **CRISTIANDAD**

¿Quieres costear su sus-
cripción?

Telefona al n.º **22446**,
y se te dará el nombre
de tu favorecido

La Revista **CRISTIANDAD**

tiene lectores en los siguientes países

Europa

BELGICA: Lieja

INGLATERRA: Londres, Oxford, Newcastle-On-Tyne, Eastbourne, Chipping Northon

IRLANDA: Dublín, Killaloe, Ballinasloe, Cappoquin, Cashel

ITALIA: Roma, Milán, Florencia, Génova

PORTUGAL: Lisboa, Porto, Coimbra, Braganza, Braga, Leiria, Cova de Iria, Vilanova de Gaia, Covilha, Campo Maior, Foz de Douro, Negrellos, Peniche, Tomar

SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

Asia

INDIA INGLESA: Bombay, Bhavnagar, Bulsar

Africa

MARRUECOS ESPAÑOL: Tánger, Melilla, Tetuán, Segangan

América

CANADA: Ottawa, Quebec, Montreal, Edmonton

ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Wáshington, Chicago, Los Angeles, San Pablo, Webster Groves, El Paso, Alburquerque, San Antonio de Tejas

ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe, Tucumán, Salta, Jujuy, Viedma, San Miguel, Pirovano, Morón

BOLIVIA: La Paz

BRASIL: São Paulo, Recife, Santos, Braganza Paulista

COLOMBIA: Bogotá, Medellín, Cali, Pasto, Usaquen

COSTA RICA: San José de Costa Rica

CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Pinar del Río, Sancti Spiritus, Camagüey, Ciego de Avila, Florida, Guaimaro, Holguín, La Víbora, Violeta, Nuevitas, Morón

CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Los Andes, Talca, La Serena, San José de la Mariquina, Padre Lascasas, Temuco, Viña del Mar

ECUADOR: Quito

EL SALVADOR: San Salvador

GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Quezaltenango

HAITI: Puerto Príncipe

MEJICO: México, Puebla, Guadalajara, Coyoacán, Tampico, Chihuahua, Cuquío, Morelia, Mérida del Yucatán

PANAMA: Ciudad de Panamá

PARAGUAY: Asunción

PERU: Lima, Miraflores, Magdalena del Mar

PUERTO RICO: San Juan, Ponce, Aibonito

REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo

TRINIDAD: Puerto España

URUGUAY: Montevideo

VENEZUELA: Caracas, Mérida, Valencia, Bucaramanga

Oceanía

AUSTRALIA: Sydney

FILIPINAS: Manila

S. A. S. C. P.
S A B A D E L L

«In hoc signo vincis»

†
S A B A D E L L

JUAN ILLAS CODINA
LANAS

Calle Illa, 9
Teléfonos:
Despacho 2469
Particular 2488

SABADELL

J. VIVES SELVAS

Abogado Cirera, 26
Teléfono 1893

SABADELL

Escorihuela & Ureta

Sucesores de Carlos Pujolá

Rambla Caudillo, 123

SABADELL

M. R.

SABADELL

J. T. S. A.

S A B A D E L L

Juan Bta. Ruiz

Cruz, 65

SABADELL

T. Y C.
SABADELL

Padró y Casas

FABRICA DE PAÑOS Y NOVEDADES

Despacho: Cruz, 31 y 33 - Fábrica: Cruz, 29 - Teléf. 1716
SABADELL

F. A.

Sabadell

Miguel Bosser Badía

Fábrica de Tejidos de Lana y Estambre

Miguel Arimón, 10 y 12
Teléfono 1256

SABADELL

JAIME PONT

Fábrica de tejidos de lana
Especialidad en artículos para gabanes

Despacho: Miguel Arimón, 3 - Teléfono 2441
Fábrica: Miguel Arimón, 45 - Teléfono 1370

SABADELL

JAIME GRAU PRAT

HILATURAS DE LANA

Borrell, 100
Teléfono 2277

SABADELL

Vda. ESTANISLAO MUÑOZ

Fábrica de calzado
Especialidad en sandalias

M.^a Luisa Fernanda, 20 y 22 - Teléf. 1838 - SABADELL

Reservado

P. R. B.

BARCELONA

ANDRÉS FLAQUÉ

Novedades en Pañería
Calidades superiores

Virgen del Carmen, 27 - Teléf. 2161 - SABADELL

Luis Planell

Fábrica de Tornillería pulida
Accesorios del Automóvil

Purísima Concepción, 36-38
Teléfono 1243

Sabadell

Nieto de Vicente Planas

INDUSTRIA
DE PAÑERÍA FINA

M. J. Verdaguer, 4 - Teléf. 1125 - SABADELL

Juan Plans Solá

Clásicos y Novedades superiores
Fábrica de Tejidos de Lana
y Estambre

Turull, 1 - Teléf. 2213 - SABADELL

Juan D. Casanovas

FABRICA DE TEJIDOS
DE ESTAMBRE

SABADELL

MATEO BRUJAS

Cruz, 94
Teléfono 1513
SABADELL

Sociedad Anónima MARCET

FABRICA DE HILADOS Y TEJIDOS DE LANA

Calle Onésimo Redondo
Apartado Correos 29

SABADELL

Telegramas y Cables «MARCET»
Teléfonos: Despacho, 2443 - Fábrica, 1179